

**EL LICENCIADO PERALTA**

**CRONICAS  
DE LA VIOLENCIA  
EN EL SIGLO XIX**





\$ 150

EL INSTITUTO DE PERALTA

---

CRONICAS  
DE LA VIOLENCIA  
EN EL SIGLO XIX

CON LA COLABORACION DE  
EL AUTOR

---

CRONICAS DE LA VIOLENCIA  
EN EL SIGLO XIX

13

1724

ALPHABETICAL INDEX  
OF THE

81

**EL LICENCIADO PERALTA**

---

**CRONICAS  
DE LA VIOLENCIA  
EN EL SIGLO XIX**

SELECCION, PROLOGO Y NOTAS  
DE PABLO ROCCA



---

**lectores de banda oriental**

EL LICENCIADO PERALTA

---

CRONICAS  
DE LA VIOLENCIA  
EN EL SIGLO XIX

SELECCION PROLOGO Y NOTAS  
DE PABLO ROCCA

Carátula:

La Plaza Independencia en 1870

con el tranvía a sangre que la comunicaba con La Unión

Foto I.M.M.



Ediciones de la Banda Oriental SRL

Gaboto 1582 - Tel. 43206 - Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay - 1988

## PROLOGO

*"Entretanto, yo, [...] voy a ocuparme tranquilamente del pasado, de esa víctima del ingrato olvido, trayendo a colación muchos recuerdos de antaño, que surgen de anécdotas y episodios más o menos interesantes".*

Licenciado Peralta

### I

Domingo González ("El Licenciado Peralta") es un escritor que sólo puede sobrevivir en una antología, pues entre sus crónicas, ese género fronterero con la ficción, hay páginas de un desnivel asombroso. La primera manifestación de sus debilidades empieza por las curiosas formas de titulación que adopta: *Sueño tártaro*, *Carnet de un filósofo de antaño*, *Bocetos y Brochazos*, *Los festines de Plutón* (1); parecen imaginados por alguien que busca apartar al lector en lugar de invitarlo a entrar. Desaprovecha ostensiblemente la función motivadora del título, primera señal de ajuste con nuestro campo perceptivo, primer elemento paratextual, diría G. Genette. Pero antes de abrir juicios demasiado terminantes ubiquémonos en el entorno de este "Licenciado" uruguayo, necesario para comprender sus falencias y sus aciertos.

Domingo González nació en Montevideo el 2 de julio de 1837. Fue auxiliar de la Biblioteca Nacional hasta que se graduó de abogado en 1861; al año siguiente integró la Comisión de Salubridad y en 1879 Latorre lo designó Juez letrado en lo civil. En 1894, con la venia de la Asamblea General, fue nombrado Ministro del Superior Tribunal de Justicia; en 1907 pasó a integrar la recién fundada Alta Corte de Justicia. Esta larga carrera de jurista va de la mano con la escritura de libros y folletos sobre la Administración de Justicia y su reglamentación en lo civil y criminal.

Según Fernández Saldaña, estuvo afiliado al Partido Blanco hasta que en 1865 el Gral. Flores derrocó al gobierno constitucional; a partir de ese momento *"tuvo como permanente norma vivir alejado de [la política] (2)*. Falleció en agosto de 1923 pocos días después de publicarse *Sexteto Clásico*. En la primera página de ese volumen avizoró lo previsible: *"ya lo ve usted... mi libro... o mejor dicho... mi último libro... tal vez"*.

Los relatos que registran las impresiones del nuevo mundo se inician con el primer curioso, Cristóbal Colón, continúan con los cronistas-conquistadores (Cortés, por ejemplo), luego los colonizadores (Fray Bartolomé de las Casas, etc.) y los criollos (el Inca Garcilaso); testigos verosímiles o fabuladores de la riqueza épica y natural de estas tierras. La Banda Oriental, ancha pradera y ciudad-puerto, no comparte las cualidades deslumbrantes y maravillosas del mundo americano; concomitantemente tampoco goza de una literatura del descubrimiento al menos para ser tomada en cuenta en el *órganon* de las letras continentales. Los apuntes de viajeros episódicos al filo del ochocientos (Mawe, Hewbster, Hood, Whittle) tampoco compiten con la *Carta a la Italia* del Pbro. José Manuel Pérez Castellano, enviada a su profesor de latín Benito Riva. Con pulcro español y seguro dominio de los resortes descriptivos, se trata de un minucioso informe sobre Montevideo y en menor medida sobre la campaña (notas que amplió en otro texto inédito en su corpulento manuscrito *Caxon de sastré*). Entre Pérez Castellano y los prosistas de la segunda mitad del siglo XIX poco se salva en nuestra literatura. En ese medio siglo de marchitas páginas neoclásicas y románticas se gestaba en Francia, y principalmente en España, el "cuadro de costumbres" romántico-realista.

Textos de Mariano José de Larra, Estebáñez Calderón y Mesonero Romanos fueron devorados por los intelectuales y los letrados. Afir-mar que fueron "populares" es inexacto cuando el analfabetismo, según datos de Barrán y Nahum, alcanza hacia 1870/5 a un 80% de la población. El hispanista francés Paul Verdevoye se encargó de demostrar que en la prensa argentina, ya en 1833, aparecieron artículos costumbristas firmados por Larra y Mesonero (3). Y aunque nadie hizo el mismo relevamiento en nuestros periódicos, no es muy temerario creer que al menos los libros podían llegar a Montevideo, seguramente por el fluido contacto que mantenía el patriado rioplatense.

Cierto es que hay con los españoles más de una circunstancia confrontable. Cuando en la década del 30 emergen los costumbristas, España atraviesa una aguda crisis económica: las colonias ultramarinas se van desgranando del regazo imperial, la monarquía pasa del absolutismo a una fase liberal. Miseria, desconcierto, atraso, hipocresía, pueden palpase en los escritos costumbristas hundidos en la ironía y en la sonrisa socarrona, pero con una vital confianza en el progreso. Mientras tanto, en el Uruguay se asistía a la lucha de las divisas en un clima de sangre, fuego, caos y muerte sin cortes. Ese fue el país donde William H. Hudson "*había pasado tantos memorables días*" como

recuerda en su magnífica novela *La Tierra purpúrea* (1885). Ese fue el entorno en que Domingo González se formó, entre las murallas de Montevideo sitiada por Oribe, en plena Guerra Grande. Sin embargo sus miradas sobre los años de formación no son lo desoladoras que podemos suponer; con cierto sentido del humor y en austera prosa, González relata los trasvasamientos de pobladores de uno a otro campo de batalla, ya sea para acudir a casamientos, participar en fiestas o visitar parientes y amigos. Pero también narra hechos de sangre y no escatima lamentarse por el “desorden”, las heridas a la propiedad privada y el avance de la “inmoralidad”. El núcleo de los hechos recordados está situado en ese período, y no es difícil darse cuenta de que, psicoanálisis mediante, nuestras experiencias de la infancia y la primera adolescencia son imborrables. En la reluciente memoria de González la fidelidad del pasado brota aún “*después de sesenta y siete años*” de ocurridos los sucesos.

La atención a ese período no lo singulariza dentro de la magra historia de la literatura uruguaya de entonces. Antonio Pereira, otro cultor del territorio del recuerdo, lo había evocado antes que el “Licenciado”; y en ese mismo plano evocativo encontramos a sus contemporáneos Isidoro de María, Teófilo Díaz (“Tax”), Leopoldo Thevenin, Carlos María Maeso y Samuel Blixen; todavía antes están unos cuantos militares combatientes en las guerras de independencia que, acogidos en el remanso de la paz, supieron escribir sus memorias o corrigieron sus diarios de campaña. Me refiero a José María Reyes, Ramón de Cáceres, José Brito del Pino y a las apasionantes páginas de César Díaz y León de Palleja.

En 1884 Daniel Muñoz reunió en volumen sus crónicas y artículos periodísticos bajo el cervantino seudónimo de “Sansón Carrasco”. Este, el más dotado para la escritura, el discípulo más fiel de Larra (quien entre sus múltiples seudónimos tuvo el de “Bachiller”), reúne la agilidad y las urgencias del estilo periodístico con las facultades evocadoras de una prosa limpia y humorística. Más atento a las actualidades que hurgador impenitente del pasado, “Sansón Carrasco” asume las enseñanzas de los costumbristas españoles mejor que sus generacionales.

En un artículo de 1836 Larra pregonaba: “*si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la Historia*”. Anotando más adelante algo así como un manifiesto del costumbrismo, que mucho importa para examinar las ideas del “Licenciado”: “*en nuestros juicios preguntaremos a un libro: ¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno [...] una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por tanto, del*

*porvenir [...] enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es [...]*". (4)

### III

Domingo González, como Figari, inicia su obra en la ancianidad, y aunque la comparación apunta meramente a lo cronológico (sería disparatado creer que González es a la prosa evocadora lo que Figari es a la pintura), esta rara circunstancia hace que el octogenario cronista intente recuperar el tiempo en dos direcciones: para atraparlo en la escritura y por ella proyectarse; para disputarle duras partidas a una muerte que se le avecina. Por eso en apenas un lustro publica siete libros y sobrepasa el millar de páginas. La premura, tal vez más que sus limitaciones, decide la clave del desnivel de sus textos, pero esa caudalosa entrega no implica, en este evocador, improvisación; su obra no responde a la dolorosa comprobación de que el tiempo se escapa y que una forma de aprehenderlo es garabatear un pálido diario íntimo. Si sus páginas de viaje son las menos logradas, las crónicas tienen una fundamentada estrategia que, al primer vistazo, recuerda en algo al programa de Larra.

En el prólogo de *Carnet de un filósofo de antaño* lo expone:

1) *"pueden estar seguros los que me lean, que entenderán perfectamente lo que diga en estilo sencillo, que es condición esencial del lenguaje"*. 2) *"procuraré dar interés creciente a mis producciones, a fin de que ellas merezcan el honor de ser leídas desde su principio a su fin, si no por su mérito literario, por el interés que pueda despertar el tema"*. 3) *"abrigo la esperanza [de] que las moralejas y enseñanza que envuelva, no se trasluzcan sino cuando, desarrollando el tema en todos sus detalles, surjan las verdades que se han perseguido y el ejemplo saludable que puedan producir en el propio concepto del lector"* (Tomo I, pp. 12-14). En el tomo II del mismo libro sintetiza: *"todos concurren a un fin común, que es la enseñanza práctica y elocuente de los hechos y, entonces, la lectura resulta simplificada, sin producir fatiga, sin perder nada de su amenidad"*. (p. 276)

"Lenguaje sencillo", "comunicatividad", "didactismo", son las tres notas de su proyecto. Atendamos al último aspecto; si el lector desesteje esta introducción encontrará un dato de especial interés para estudiar el campo ideológico del cronista uruguayo: a partir de 1865 se aparta de la política. Esta insularidad impide verificar en su trayectoria los sesgos de sus simpatías políticas. Poco importa, porque González es un hombre refugiado en el placido paraje de la escritura, prescindente del mundo que lo rodea (*"no he escrito ni escribiré un solo*

renglón concreto sobre política", *Carnet...*, p. 12); o al menos es lo que quiere hacernos creer; porque esa declaración enuncia un contenido político, una adecuación al estado de cosas, una opción por las estructuras vigentes. En la p. 141 de *Bocetos y brochazos* escribe: "Cada día entiendo menos eso de blancos y colorados", opinión que recibe una calurosa acogida de Luis Melián Lafinur. Este, no muy amigo de las divisas pero mucho menos de los partidos de ideas, asegura que todo eso "son locuras que nos acechan con los nombres de socialismo, anarquismo, maximalismo y todos esos excesos terminados en ismo". Esta y otras contundentes afirmaciones reunidas en una carta personal, son incluidas por González en *Los festines de Plutón* (pp. 224-233) lo que indica algún margen de complacencia con ellas.

Su apartamiento de los partidos tradicionales en 1865 implica un acercamiento a los empeños de los doctores liberal-conservadores de los setenta, y en consecuencia empapa la conceptualización empleada en los relatos, al tiempo que desvirtúa sus "propósitos y deberes de cronista escrupuloso". Porque toda visión se atiene a sus propios límites, y una perspectiva mediatizada por un pensamiento conservador percibe y juzga "todo proceso de cambio [...] como sospechoso de constituir una agresión a la integridad y a la plena vigencia de esa estructura, o mejor dicho, a las formas institucionalizadas que en cada momento adopta esa estructura", tal como sostiene José Luis Romero. (5)

Así, González no escatima elogios al capital inglés y a los capitalistas vernáculos. A Piria lo llama "novel obrero del progreso". Cifra su admiración a varias figuras de nuestra historia en virtudes tales como la "probidad", la "honestidad", el "altruismo" (Venancio Flores, Bernardo Berro, Lorenzo Batlle a quien denomina "servidor de la República, sin distinción de colores"). No oculta su horror ni ante el socialismo (ver *Resonancias...*, p. 79), ni ante el cambio en las costumbres que impone la modernización capitalista de comienzos de siglo; por eso critica a los cafés "que hoy abundan", se queja de los niños que liberados del control paterno están dispuestos a pegarnos un pelotazo sin previo aviso, le repugna el "liberalismo avanzado de nuestras costumbres modernas".

Bajo este manto ideológico, las variantes temáticas frecuentadas en sus crónicas pueden concentrarse en cuatro grupos: 1) Anécdotas menores sobre personajes de la burguesía montevideana (en fiestas, en ocasionales actos de heroísmo y sucesos inesperados), o sobre personajes marginales notorios por su aspecto caricatural. 2) Crónicas de costumbres referidas a los hábitos urbanos (espectáculos —con especial dedicación al teatro—, comidas, paseos, oficios religiosos, funerales, cafés. 3) Hechos de entidad (asesinatos, robos), 4) Crónicas históricas

(descripción de personajes históricos relevantes —Oribe, Flores, etc.— y los hechos violentos que los comprendan. En algunas ocasiones une a sus recuerdos personales los relatos de su padre, de manera que el ciclo se inicia durante las Invasiones Inglesas y finaliza en la primera década del siglo que vivimos.

El “Licenciado Peralta” es el cronista que más frecuente los hechos violentos; no olvidemos que su condición de abogado y especialista en lo penal le permitió acercarse a tantísimos casos que luego narraría. Tal vez ese sea el privilegio con que no contaron los demás. En esta centuria otro abogado penalista, Carlos Martínez Moreno, supo explotar la veta literaria del crimen y la degradación del submundo en una espléndida novela, *Tierra en la boca*, y en un puñado de cuentos.

El “*mundo tan satisfecho como asombrosamente circunscrito* [...] *donde todos conocen a todos y se saben al dedillo pecados y virtudes, bellaquerías y abnegaciones*” (6) (subraya con razón Carlos Real de Azúa), es el que se refleja en estas crónicas. Peralta lo expone con una prosa sencillísima pero viciada de algunas ocasionales digresiones. No obstante, conoce los instrumentos de la narración: apela frecuentemente al recurso, caro a Cervantes a quien tanto cita, de insertar al autor en el relato. Hace uso —a veces no muy feliz— de un ligero humor y una soterrada ironía; se pone grave cuando las circunstancias lo exigen (los asesinatos parecen consternarlo realmente); emplea un personaje, Arturito, que más allá de su factible existencia real es un elemento operante en la narración. Vela o altera la identidad de los actores (un señor X que camina de aquí para allá, cuando el clima se hace irrespirable, suele identificarse con la visión del narrador); encubre a algunos personajes y desnuda a otros. Incurre en cierta infatuación valorativa, no exenta de una moralina reaccionaria (promediando el relato), lo que retarda y lesiona la acción y malquista la tensión narrativa muchas veces ejemplar; abusa del trillado recurso de disimular la fecha de los acontecimientos, buscando cierto efecto (que hoy llamaríamos “policial”) para generar el misterio a través de la indeterminación temporal. Escribe, con achacosa sintaxis, en tercera persona. Aunque maneja con ductilidad los puntos de vista, acude a la primera persona cuando compromete su pensamiento. Sabe edificar diálogos y situarlos en un punto preciso de la diégesis, pero rememora con ineficacia las palabras pronunciadas por un personaje en una circunstancia crucial. Describe correctamente, pero fracasa cuando bucea en lo psicológico.

El pasado que recobra todavía está muy vivo cuando publica sus libros, de algunos hechos no había transcurrido una década; muchísimos implicados caminaban (y gravitaban) en la vida pública. Esta re-

ticencia-restricción a profundizar el análisis, responde a los frenos conscientes de su espíritu conciliador; por eso omite juicios tajantes, esconde hechos, pierde intensidad.

#### IV

Las crónicas aquí seleccionadas si bien apuntan a un núcleo, la violencia política y "civil", no desdeñan la reconstrucción de época a la que son tan afectos todos los escritores memorantes, y que Peralta sabe realizar con prosa emocionada (como en "Una tertulia del medio siglo"). El valor de los textos oscila entre las peculiaridades narrativas que la crónica posee (caso de "El crimen de Raffo"), la singularidad testimonial (caso de "Esperando la caída de Paysandú"), la importancia histórica del episodio (toda la sección "Política y balas").

Todavía puede admitirse otra dimensión más apasionante, que compromete la corriente que liga al conocimiento del hombre y su historia. Un ejemplo es el doble asesinato del 19 de febrero de 1868, la trágica jornada que en admirable trabajo Real de Azúa llamó "el día de los cuchillos largos" (7). Venancio Flores cae asesinado en una emboscada, tendida entre las calles Mercedes y Florida. La ira contra los blancos surge de inmediato; pero por las bocas del pueblo transita otra interpretación: "*Dicen que fueron los blancos/ los que mataron a Flores;/ hablen claro y digan, francos/ 'fueron los conservadores'*" (8). Sin poseer una documentación contundente, los historiadores conjeturan (de cuarenta años a esta parte) la participación del Gral. Gregorio Suárez en el homicidio. La intuición popular los precedió.

Con Berro los testimonios parecen estar bastante de acuerdo, todos atribuyen la culpabilidad de su asesinato a sangre fría, a uno de los hijos de Flores (la mayoría acusa a Eduardo). Varían las circunstancias de si fue sometido a tormentos físicos o no lo fue; nadie niega que su cadáver fue arrastrado por un carro de basura ante el terror de todo Montevideo. González tampoco lo niega, lo oculta. La tragedia política se agrava con la epidemia de cólera que se extiende por todo el Río de la Plata; según el viajero inglés J.H. Murray en su valioso diario (publicado en esta misma colección (9)): "*En Montevideo, donde más de 4.000 murieron, el calor era muy grande, y los doctores eran llamados muchas veces en la noche para atender a personas agonizantes, enfermos de cólera por toda la ciudad*". Sumemos a este contexto apocalíptico un malentendido feroz, el telegrama que expidió el presidente Varela decía: "*Mataron a nuestro querido general Venancio Flores; reúna a la gente y véngase*". Algunos jefes políticos del interior leyeron (o les leyeron sus asistentes, como

al caudillo de Soriano, el analfabeto Máximo Pérez): "*vénguese*". "*En dos días los muertos o heridos a causa de esas reacciones eran ya alrededor de quinientos*", escribe Lockhart (10).

El asesinato de Flores inspiró el cuadro de Juan M. Blanes que hoy puede verse en el Museo de Artes Plásticas; la película *Mataron a Venancio Flores* registra con fidelidad los hechos ocurridos en esos días; el país se divide por décadas, en forma irreconciliable, en la interpretación del pasado la división continúa.

La literatura también registra la bala con que Arredondo segó la vida de Idiarte Borda. Una brillante defensa de Luis Melián Lafinur y algunos hechos objetivamente sospechosos (el juez determinó que no era necesaria la autopsia del cadáver y dictaminó que el presidente había muerto *antes* que la bala lo alcanzara; el peritaje del arma demostró su *inutilidad*, etc.), coadyuvaron para que el matador pasara una corta estadía en prisión. El sobrino nieto de Melián, Jorge Luis Borges, debió oír de su admirado pariente el curioso relato. De todas maneras en su obra pueden encontrarse una decena de menciones al hecho, y dos relatos, uno muy breve (*J.F.K.*), donde establece un lúcido paralelismo con el asesinato de John F. Kennedy; y, cerrando el ciclo de esa verdadera obsesión, el cuento *Avelino Arredondo* (El Libro de Arena, 1975). La muerte de Borda motiva, más temprano que tarde, una nueva era para el país, el nacimiento del reformismo batllista. Son éstas dos perspectivas enriquecedoras para dos lecturas de la crónica.

Atendamos al anciano "Licenciado" que nos recomienda: "*no es lo mismo acumular y guardar hechos en la memoria, que meditar y filosofar sobre la importancia y trascendencia que puedan tener*". Es el pasado que explica el presente, al que interrogándolo nos interroga y nos responde.

PABLO ROCCA.

## NOTAS

(1) Crónicas históricas y de viaje de Domingo González:

*Recuerdos de Europa y América* (2 tomos), 1881.

*Sueño tártaro* (folleto), 1918. (incluido en *Bocetos y brochazos*)

*Carnet de un filósofo de antaño*, (2 tomos), 1918.

*Bocetos y brochazos*, 1918.

*Resonancias del pasado*, 1920.

*Los Festines de Plutón*, 1921.

*¡Al Indostán y a la China!*, 1922.

*La Atalaya de Ulises*, 1922.

*Sexteto clásico*, 1923.

Puede encontrarse una completa antología confeccionada por Carlos Real de Azúa: *Crónicas de un Montevideo lejano. Cuadernos de Marcha*, N° 11, marzo de 1968.

(2) *Diccionario uruguayo de biografías (1810-1940)*/José María Fernández Saldaña. Montevideo: *Amerindia*, 1940. p. 595.

(3) *Albores del costumbrismo en la prensa argentina*/Paul Verdevoye. París: *Separata de Hommage des Hispanistes Français a Noel Salomón*, 1985.

(4) *Artículos de crítica literaria y artística*/Mariano José de Larra. Madrid: *Clásicos Castellanos, Espasa Calpe*, tomo II, 1950. pp. 158-169.

(5) *El Pensamiento Conservador*/José Luis Romero (ant. y prólogo) Caracas: *Biblioteca Ayacucho*, 1978. p. XI. En la p. XIV, Romero caracteriza al principismo conservador en América Latina: "polémico e inclinado a deslizarse hacia la controversia y la argumentación". No sería el caso de González pero sí de Melián Lafinur o Carlos María Ramírez.

(6) *Crónicas de un Montevideo lejano*/Carlos Real de Azúa (ant. y prólogo), op. cit. p.4.

(7) El día de los cuchillos largos: El centenario de Berro y Flores/Carlos Real de Azúa. En: *Marcha*, año 29, N° 1392, 23 de febrero de 1968, pp. 28-29.

(8) En el artículo citado, Real de Azúa da otra versión de la copla ligeramente distinta. Interesa cotejar las dos, ya que según afirma Lockhart, la suya proviene de "un antiguo vecino de Mercedes" (En: Venancio Flores, un caudillo trágico. Ed. Banda Oriental, 1976, p. 92). Real dice: "El amigo dibujante Centurión me recitó alguna vez esta cuarteta que según tradición de su familia, vinculada a la de la esposa de Flores, los García Zamora, canturreaban [...] las negras lavanderas del Montevideo de 1868": "Dicen que al general Flores/lo asesinaron los blancos:/mienten: fueron los conservadores/confiésenlo, sean francos".

(9) *Viajes por el Uruguay*/J.H. Murray (1868-1870). Montevideo: *Banda Oriental, colección Lectores*, primera serie, 1978. p. 14.

(10) *Máximo Pérez, caudillo de Soriano*/Wáshington Lockhart. Mercedes: *Ediciones Revista histórica de Soriano*, 1962. p. 193.

En el prólogo a la primera edición de la *Antología de la Literatura fantástica* (1940), Adolfo Bioy Casares defendía así el trabajo emprendido junto a J.L. Borges y Victoria Ocampo: "*Para formarla hemos seguido un criterio hedónico: no hemos partido de la intención de publicar una antología*". Pues es preciso compartir con Bioy, sólo al inicio, esta premisa. El gusto personal ha determinado que optáramos por uno de ellos, entre las mil páginas de la despareja obra de Domingo González, y entre los cuatro troncos temáticos que comento en el prólogo. La elección se impone por motivos algo menos arbitrarios que el placer individual. Atiende a diversos factores de interés que encierran cada una de las crónicas, ya sea por la reconstrucción de un acontecimiento histórico clave, ya por la riqueza con la que evoca un Montevideo lejano y perdido, ya por el interés narrativo de muchos pasajes. Quedan afuera relatos valiosos, especialmente algunos textos costumbristas y recuerdos de la vida teatral, que bien podrían competir en calidad con los aquí reunidos. Pero, buscando el interés general y guiados por la probada condición incitadora de algunos hechos, preferimos los textos del "Licenciado" referidos a la violencia. No todos fueron incluidos; están ausentes una media docena de crónicas que en una competencia jerárquica con las seleccionadas, salieron desfavorecidas. Además del criterio temático indicado, la edición ordena cronológicamente los hechos, reestructurando lo que el autor escribió de manera azarosa, como si hubiera sido llevado por la corriente de la conciencia.

Se corrigen las erratas del original y se actualiza la ortografía; con respecto a la sintaxis (a veces amañada, caótica), optamos por respetarla, salvo en los casos en que la lectura corre riesgos. Cuando se encuentren puntos suspensivos encerrados en paréntesis rectos [...] se trata de párrafos o páginas suprimidos; dado que era habitual en González la digresión, la reflexión personal bastante inoportuna, bastante parecida a la divagación. Al pie de cada texto se cita la procedencia del mismo y, finalmente, el título de la antología me pertenece. Va, desde luego, por mi cuenta y riesgo.

## POLITICA Y BALAS

## ALAN S. KOTLIKOFF

... [The following is a summary of the article's content, which is extremely faint and largely illegible in the original scan. The text appears to be a dense academic or policy analysis.]

... [This section continues the summary of the article's content, discussing various aspects of the research or policy implications mentioned in the text.]

## TARDE ACIAGA

*(Cuadros lamentables debidos a la intemperancia  
de nuestros partidos tradicionales*

[Los asesinatos de Flores y Berro]

### I

*Signos precursores...*

No recuerdo si fue el 16 o 17 de febrero de 1868, cuando, atravesando el doctor X la Plaza Constitución, desde la esquina Sarandí y Cámaras [Juan Carlos Gómez] al Club Inglés, observó la presencia de varios grupos de personas de pie en distintos puntos de la acera del Cabildo y del frente Norte, que ocupaba entonces la tienda de un señor Lozada, y hoy el Hotel Lanata. Observó también, que en la diagonal que mide la distancia indicada, entre la tienda y Club Inglés, departían en voz baja conocidos ciudadanos del Partido Nacional, y entre ellos, algunos jefes de línea del mismo partido que a la sazón figuraban en la lista pasiva; y, por último, que en la portada de la derecha, al entrar en el Cabildo por la del centro, el ex Presidente de la República, don Bernardo P. Berro, con su traje de costumbre, levita y pantalón negro, sombrero alto de felpa, y de pie sobre el umbral, miraba a la derecha e izquierda, alternativamente, con verdadera insistencia.

Al doctor X le llamó la atención y preocupó un poco, la presencia del señor Berro, tan luego en la puerta del Cabildo, así como la de los grupos que ya de pie o sentados, ocupaban diferentes puntos de la plaza, pero, ajeno aquél a la política, como siempre lo fue, y con las preocupaciones propias de su profesión, minutos después ya no pensaba en aquéllo ni en lo que podía significar.

Una hora más tarde, volvió a atravesar la plaza en dirección a su estudio, sito en la calle de Cámaras entre Sarandí y Buenos Aires, pero tanto el señor Berro como los grupos a que he hecho referencia habían desaparecido. Sin embargo, en la tarde de ese mismo día llegó a sus oídos cierta especie revolucionaria que no dejó de inquietarle y de explicarle algo de lo que había observado por la mañana.

Hacia apenas dos semanas del acto subversivo de don Fortunato

Flores, jefe de un cuerpo de línea. (1) La situación por ésta y otras circunstancias, no podía presentarse más delicada, siendo general el descontento entre los hombres más espectables de ambos partidos tradicionales.

Se hablaba con insistencia de revolución, de destierros y hasta de fusilamientos, con otras lindezas por el estilo, pero llegó a conversarse tanto de todo eso, que dos días después nadie daba ya crédito a las espeluznantes noticias, cuyo origen se atribuía a improvisaciones de los diarios de oposición y clubes políticos y no a verdaderas causas de perturbación y atentado.

Las cosas, pues, siguieron sin novedad ese día y el siguiente, bien que los rumores de revolución no dejaron de circular por todas partes, y con especialidad, en Campaña, desde donde sus habitantes, justamente alarmados, pedían noticias con marcada impaciencia.

## II

### *Se confirman los rumores*

Eran las 9 de la mañana del día 19, cuando el joven don Félix Calzada, estudiante de Derecho, se presentó en el estudio del doctor X para pedirle que, habiendo sido nombrado éste con los doctores Carlos de Castro, Cristóbal Salvañach, Plácido Ellauri y Manuel Garzón para componer la mesa en el examen general que debía rendir ese día a la una y media de la tarde, le rogaba no dejase de concurrir, pues abrigaba el temor, por los rumores corrientes, que el acto pudiera aplazarse por falta de número en la Mesa. El doctor X le dio tales seguridades de que no faltaría, que el joven examinando se retiró contentísimo de la entrevista.

(1) El Cnel. Fortunato Flores; (1840-1902) a quien Peralta trata con tanto respeto, es el mayor de los cinco hijos varones de Venancio Flores. Desde tempranísima edad se había destacado, como sus hermanos Eduardo (1842-1913) y Segundo (1846-1903), por su terrible irresponsabilidad. Juntos formaron una insólita patota que cometió innumerables atropellos durante la dictadura de su padre. El hecho más descabellado ocurrió el 6 de febrero: ese día el "joven *sátrapa*" (así lo llamó el cónsul francés Maillefer) intentó convencer a su padre de la necesidad de proclamar su candidatura. Flores lo consideró inaceptable y les negó el permiso (a él y a Eduardo) de viajar a Mercedes para entrevistarse con el caudillo Máximo Pérez. Luego de un altercado, el Gral. Flores mandó arrestar a su primogénito. Este, de inmediato, se apoderó (junto con Eduardo) del Cabildo y el Fuerte de Montevideo. Atrincheros en torno a la Plaza Constitución, tomaron prisionero al ministro de su padre, Lorenzo Batlle. En unos días y después de varios intentos, el padre logra controlar a sus hijos, disuelve su batallón y los destierra.

Antes de la una y media llegó el doctor X a la Universidad, encontrándose allí con los doctores Garzón y Salvañach, y con la noticia de que el doctor Castro acababa de avisar que no concurría al acto, mientras que, por el contrario, el doctor Ellauri comunicaba que haría acto de presencia.

Efectivamente, no tardó en llegar y minutos después se dio principio al examen, terminando éste poco antes de las tres de la tarde.

Los señores Garzón y Ellauri salieron de la Universidad sin retardo, pero el doctor X y el doctor Salvañach se demoraron con el Secretario doctor Berinduague, consultando una ley del Código de las Partidas que se había citado y comentado durante el examen, y esto retardó su partida hasta las tres y cuarto, más o menos, hora a la que tomaron la calle Sarandí hacia el centro, quedando el doctor Salvañach en su casa-habitación de esta calle y continuando el doctor X hasta la suya. Para esto, una cuadra antes y casi a la puerta de la que hoy pertenece a la familia del finado don Mauricio Llamas, habían oído cierta especie entre dos individuos de mal talante y de gesto airado, que mucho les llamó la atención y obligó a acelerar el paso y a observar sus respectivos relojes.

El doctor X ninguna otra novedad encontró hasta llegar a la plaza Constitución. Recordó que tenía dos nombramientos de oficio en el Juzgado de lo Civil ubicado en ella, y con este motivo se dirigió a él, retirándose después de un cuarto de hora de oír al Escribano-Actuario don Gervasio Muñoz, quien le dijo al oído: "Váyase para su casa, que yo voy a hacer lo mismo".

El doctor X se despidió, y al pasar por la acera de la plaza, frente al Cabildo, varios diputados se encontraban en el balcón del centro, sin duda durante un cuarto intermedio, y entre ellos don Constantino Lavalleja, a quien el doctor X saludó, entrando un minuto después en su Estudio.

### III

#### *Movimiento subversivo en las calles*

Varias personas le esperaban en él con marcada impaciencia, entre ellos don Joaquín de Faría, don Martín Aguirre, padre del abogado y notable parlamentarista del mismo nombre, don Mauricio Hlanes y un pariente del doctor X.

Este último ocupó su asiento de costumbre para concluir un escrito casi terminado al salir para la Universidad, cuando un rumor sospechoso, con el cual estaban todos familiarizados, desde el motín

o cosa parecida de los primeros días de ese mes, se hizo sentir a la par de golpes bruscos de puertas que se cerraban con estrépito, pasos precipitados en las aceras inmediatas y ruidos de carruajes y carros arrastrados a mayor carrera que de costumbre; todo esto hizo pensar en un nuevo movimiento subversivo, bien que sin saber a quién atribuirlo.

Salir al patio el doctor X y dirigirse a la puerta de calle, todo fue obra de segundos, y lo mismo la dispersión de los concurrentes, buscando cada uno un refugio, pues se dejaron ver hombres emponchados y armados de trabucos y puñales en dirección a la plaza.

Solo el doctor X con su pariente, cerró la puerta de su Estudio y, ya en la calle, tropezando a cada paso con gente de aspecto sospechoso, pero que por el momento no agredía a nadie, sino que trataba de ganar camino en dirección a la plaza, según se ha dicho antes, tomaron la calle Cámaras hacia el Sur, la de Brecha en seguida, para refugiarse en el domicilio de un amigo ausente.

Después de algunos momentos de reflexión, comprendieron que lo más práctico era dirigirse cada uno a su casa, y uniendo los hechos a las palabras, siguieron por la calle de Brecha hasta llegar a la de Reconquista, doblando después a la izquierda para tomar cada uno por su lado.

#### IV

##### *Don Bernardo P. Berro*

Eran alrededor de las cuatro y media de la tarde cuando llegaban a la esquina que forman la expresada calle Reconquista y la de Cámaras.

Allí se detuvieron un momento para orientarse y pensar en la dirección que les convenía seguir, y excusado es que diga, que lo primero que se les ocurrió fue dirigir la vista a la Plaza Constitución, pudiendo notar entonces que en el balcón del Cabildo que da sobre aquélla, un grupo de diputados corría de un extremo a otro de él, accionando con agitación, y que por las bocacalles de la plaza y de la de Buenos Aires y Cámaras, se veía cruzar individuos a la carrera, pero en poco número y en opuestas direcciones.

Al doctor X se le ocurrió hacer escala en la casa-habitación del doctor don Joaquín Requena, en la citada calle de Cámaras, entre Reconquista y Yermal, pero, antes, él y su acompañante miraron una vez más para la plaza.

Inmensa e inesperada sorpresa fue la que les produjo la presencia

del ex Presidente Berro, quien a la altura de diez metros de la calle Buenos Aires y en dirección a la de Cámaras, hacia el Sur, descendía por el centro de esta última calle, y no por ninguna de las aceras.

Vestía como de costumbre, levita y pantalón negro y sombrero alto de felpa; caminaba a paso regular y tranquilo, en una palabra, a su paso habitual, y dando vuelta la cabeza con frecuencia para mirar a la plaza.

El doctor X apresuró la marcha y con su acompañante llegó a lo del doctor Requena, a quien notició de la aproximación del doctor Berro.

Momentos después de cerrada la puerta de calle pudieron sentirse en la acera del Oeste, a que daba esa puerta, los pasos firmes y acompasados de aquel respetable ciudadano, que en su comprometida situación parecía buscar como refugio las costas del Sur.

## V

### *Sucesos de la Policía y calle del Rincón*

A los diez minutos, el doctor X y su pariente se retiraron a sus respectivos domicilios, y dos horas más tarde, llegaron a saber los sangrientos sucesos del Cabildo, a propósito de la persona del señor Berro, detenido en la calle de Camacué por el comandante Lazota, y conducido al Departamento, en donde fue ultimado, como lo fue el ex Comisario Barbot.

Del mismo modo, supieron que había sido asesinado, alevosamente, el general Flores, en la calle Rincón, (2) por un grupo de individuos disfrazados, y muerto el coronel Zenén Freire.

Parece que éste había tratado de sorprender al de igual grado, coronel Eduardo Olave, jefe del cuerpo de línea que se alojaba en el Cuartel de Dragones, para colocarse a su cabeza y dirigirse con él al Fuerte.

A pesar de este propósito, Freire tuvo escrúpulos de matar a Olave, a quien sorprendió acostado en un catre, pero Olave fue más práctico y menos escrupuloso, y en uso perfecto de su derecho de defensa le atravesó el pecho con su espada, que por precaución, conservaba día y noche a la mano, es decir, al lado de la cabecera de su cama.

(2) No coincide con la ubicación que aportan la mayoría de los historiadores. Estos sostienen que fue asesinado en la esquina de Mercedes y Florida. Téngase presente que Flores fue asesinado antes que Berro; importa en la medida que la segunda muerte surge como una reacción inmediata. El "Licenciado", muy precavido, no hace acusaciones, casi que prefiere pasar por alto los crímenes.

Hace algunos años eran muy fáciles esas combinaciones para apoderarse de la fuerza pública, y cambiar la situación política del país. Así habría ocurrido en este caso, del mismo modo que ocurrió cuando fue derrocado el doctor Ellauri, y como casi ocurrió con el señor Cuestas, si no les hubiese temblado el pulso a los actores de tan arriesgada empresa. [...]

## VI

*El cólera morbus*

[...]

Al fin, aquella tarde aciaga se extinguió con las sombras de la noche, ocultando a la vista tantos horrores, y no parece sino que, como ironía del destino o cruel y fatal complemento, hizo también muchas víctimas en el Cabildo y fuera de él, el terrible flagelo del cólera morbus.

Atribuyéndose en los primeros días, no a este terrible azote la muerte de Romualdo Gard, Máximo Gurméndez y Juan Santiago García, sino al envenenamiento de las aguas del aljibe del Cabildo, no tardó en avanzar la epidemia a lejanas zonas del Departamento de la Capital y de Campaña, poniendo de relieve la verdadera causa de los últimos desastres!...

.....

Esto ocurría, como es sabido, el 19 de febrero y días siguientes, de 1868, y entretanto, en estos últimos y a la altura que ocupa hoy la fuente de la Plaza Independencia, se colocaban los rieles del primer tranvía a sangre que debía inaugurarse en este país, poniéndonos en comunicación directa con la Villa de la Unión.

[De "*Bocetos y Brochazos*", pp. 78-88]

## LA MINA

*De cómo, por odiosidad a una sola persona,  
se sacrificaba la vida de muchas*

[El crimen de Eduardo Beltrán]

[...] Cierta mañana me encontré en la calle de Pérez Castellano con Eduardo Olave, condiscípulo, aunque por limitado tiempo, y que no tardó en tener figuración en la milicia, dando evidentes pruebas de valor personal en su actuación de años después.

Con cierto misterio, me desvió de la acera, hasta sacarme de ella y meterse conmigo en un zaguán inmediato.

—¿De qué se trata?, —le pregunté.

—Se trata, de que las cosas no andan bien, y en cualquier momento vamos a tener graves acontecimientos: desde anoche las tropas están acuarteladas, pero con esto y todo, no estamos seguros.

—Pero, —le observé— con esto me dices mucho, y concreto, no me dices nada.

—Porque no puedo, ni debo...

—¿Entonces?...

—Entonces, —repitió Olave,— lo que debes hacer, es meterte en tu casa y no salir a la calle —y con una mirada expresiva que yo traduje, al parecer, acertadamente, me estiró la mano que estreché, agregando: —cuanto más pronto... mejor.

Después de este breve diálogo, nos separamos; él para dirigirse a su casa de la calle 25, entre Pérez Castellano y Colón, y yo para la mía, San José entre Andes y Florida.

Lleno de preocupaciones me acosté esa noche, después de permanecer encerrado toda aquella tarde, seguro de que Olave sabía bien a qué atenerse cuando me dio el consejo de no salir a la calle. Conocía mis afinidades con los políticos de la época y no podía menos de dar crédito a sus noticias por más desagradables que fueran, y seguir sus consejos al pie de la letra.

### *Descubrimiento de un complot*

Al siguiente día, poco antes de las tres de la tarde, pasaron por mi casa varios chicuelos vendiendo boletines, en los cuales se anun-

ciaba el descubrimiento de un complot con el objeto de hacer volar el antiguo Fuerte o Casa de Gobierno. Se decía en uno de ellos que el infernal proyecto se había descubierto merced a la denuncia de un chiluelo de la vecindad; en otro, que a los zarpazos que durante la noche se oían en la pequeña casita de una puerta y una sola ventana, sita en el costado sud de la Plaza Zabala, que lleva hoy el número 324, y finalmente, se atribuía también a la denuncia de un individuo, cuyo nombre nunca se designó, y que habiendo sido consultado para llevar adelante el plan, se excusó, prometiendo guardar reserva.

Una vez leídos dos de los boletines, que no podían ser más lacónicos, y sin pérdida de tiempo, me trasladé a la Casa de Gobierno. En la calle, que se ubicaba, entonces como hoy, al sur de aquélla, el número de curiosos era tal que el tráfico resultaba completamente interrumpido.

Sin embargo no desmayé; avancé lo que pude, con auxilio del Comisario L., mi amigo, hasta llegar a la pequeña casita a cuya puerta había un centinela, además de otros en la acera del frente; entraban y salían Comisarios y empleados subalternos de la Policía.

Más tarde, una vez despejado el local, no permitiéndose el tráfico por esa calle, sino a los vecinos que tenían que entrar o salir de sus casas, se practicó una abertura a un metro del cordón de la acera, operación que puso a la vista una estrecha galería subterránea que, saliendo de la casa de la referencia, tomaba la dirección del salón de acuerdos de la Presidencia.

Desde luego se comprendió cuáles eran los designios de los autores del atentado que se proyectaba, y no faltó quien afirmase en los primeros días que duró la formación del sumario, que había varios individuos complicados en ese asunto, algunos de significación y de posición social más o menos ventajosa, llegándose a citar a don Eduardo Beltrán como principal autor. (1)

(1) Eduardo Beltrán y Latorre se conocían de antiguo. En un principio Beltrán había sido un encendido florista. Fue el propio Gral. Flores quien lo designó Comandante de un batallón de infantería durante la insurrección contra Berro. Una vez iniciada ésta (1863), en setiembre de ese año, Latorre se enroló como soldado raso bajo las órdenes de un "esforzado jefe y persona de rigor": Beltrán. Comandante y mandado participan en el asalto a Florida el 4 de agosto de 1864. Derrotado y rendido el ejército constitucional, Beltrán ordenó el fusilamiento de siete prisioneros.

En el clima de inseguridad que se vivía en el crucial año 1868, ya distanciado radicalmente de Flores, la policía descubre el atentado que se narra en esta crónica. Beltrán es señalado como culpable, pero en primera instancia no hubo pruebas en su contra. En su lugar fueron acusados, procesados, encarcelados y confesos los hermanos Pablo y Luis Neumayer. Beltrán se ausentó

*¡Coronel de ayer!... ¡Coronel de...!*

El presunto autor que acabamos de nombrar, era visita frecuente en la Contaduría General del Estado, situada en el ángulo Nordeste del Fuerte. Allí contaba con amigos como don Tomás Villalba, Contador; José Parpal, Eduardo y Leopoldo Gard, Américo Aguiar y otros; charlaba con ellos sobre cosas indiferentes después de mariscalear un poco, retirándose luego a su casa-habitación en la calle de Washington, número 258.

Algunos días antes del descubrimiento de la mina, don Eduardo había estado, como de costumbre, en la Contaduría, pero su conversación esa tarde versó sobre algo que ninguno de sus amigos había podido traducir por la ambigüedad de los términos empleados, al extremo de que muchas veces se miraron entre sí con suma extrañeza, figurándose que Beltrán chanceaba.

Este era hombre robusto y fuerte, física y moralmente; su físico, la entonación de su voz, su gesto y su mirada, desde luego lo hacían presumir, de manera que en este hombre la fuerza moral estaba en perfecta relación con la fuerza de sus músculos, y júzguese de lo que acabo de afirmar, por lo que voy a decir en pocas palabras.

Empeñado Beltrán en cierta elección de Alcalde Ordinario, tropezó en el atrio de la Matriz (hoy Catedral) con un grupo de ciudadanos que contrariaban un tanto sus designios electorales, y que, por consiguiente, venían a hacer discutible el triunfo con el cual él creía contar de antemano.

El hombre echó sus cuentas y a la nuca su sombrero de copa; abrió las solapas de la levita tanto como pudo; empezó a arrojar humo por las narices y a dirigir a su alrededor miradas de basilisco; y apercibido que cierto coronel era el que hacía cabeza de la legión disidente o de oposición a su candidato, dió tres pasos al frente... ¡uno!... ¡dos!... ¡tres!..., como diría la Goya, colocándose a las barbas del militar, y tomándole de improviso por las solapas de su saco o casaca, que estrujó con fuerza entre sus manos, lo arrinconó contra el muro de la torre del reloj y puerta de la misma torre. Elevándole después a medio metro de altura y regalándole el oído con estas amables palabras, dichas *soto-voce*: "Coronel de ayer... Coronel de... estése quieto", lo dejó caer de la misma altura a que lo había elevado un momento antes... y... quieto se estuvo el coronel...

del país por unos años. A su regreso los enconos con su antiguo subalterno, pero ahora en el poder, se hicieron públicos. (Ver nota 2)

Por lo demás, don Eduardo era culto y hasta amable cuando quería serlo; tenía condiciones de excelente *causeur* y, no faltándole historias, ni bromas de buen gusto, en las cuales solía dar pruebas inequívocas de su *esprit*, lograba proporcionarse buenos ratos y proporcionarlos a sus amigos.

### *Descripción de un viaje aéreo*

Decía a principios del capítulo anterior, que el señor Beltrán era concurrente asiduo a la Contaduría General, y que uno de los días antes del descubrimiento de la mina, inmediata a la Casa de Gobierno, aquel señor había empleado frases ambiguas y algunas sugerentes, que apartaban a sus amigos de la inteligencia real y razonable de las cosas para precipitarlos en conjeturas más o menos fundadas y llegar a compenetrarse de las afirmaciones y especies emitidas por él en un lenguaje enigmático y de difícil traducción.

— ¡Queridos amigos! — les decía, — a mí que tanto los quiero, como a mí me quiero, y aún más; a mí, que desearía elevarlos tanto sobre este mundo miserable y falaz, para que no se contaminasen, ¡qué grata sorpresa me causaría verlos volar por los aires con la misma facilidad que los pájaros! — y como observase pintada en el rostro de sus amigos la más señalada sorpresa, agregaba: — no den ustedes crédito a mis fantasías, ni siniestra interpretación, pues no son otra cosa que fantasías... pero fueren lo que fueren yo los veo... sí, los veo volar sobre los escombros de esta manzana, que encierra la autoridad suprema de la patria, y los séquitos de adeptos incondicionales... que también volarán... yo lo espero, sí... lo espero, queridos... queridísimos amigos míos!...

Y don Eduardo se retiró riendo y accionando cómicamente, dejando a los oyentes estupefactos, pues aunque acostumbrados a estas rarezas y romanticismo de aquel señor, llegaron a sospechar esta vez, que pudiera estar enfermo, inclinándose algunos a creer que lo estaba de verdad.

En efecto, su actitud era un tanto sospechosa: tenía el rostro y los ojos encendidos; su inquietud era extrema y llegó el momento en que una animación diabólica y una sonrisa mefistofélica se dibujaban en su semblante y en sus labios.

### *Los hermanos Neumayer*

Claro es que el suceso posterior del descubrimiento de la mina vino a descorrer el velo del misterio que envolvían las palabras enig-

máticos de don Eduardo. El Contador Villalba y empleados de su dependencia, quedaron pues al corriente, una vez por todas, de los buenos deseos que abrigaba aquél, cuando ya creía verlos a todos elevados a la región de los pájaros, bien que con el laudable propósito de que no se contaminasen con los ases de la baraja de aquella fecha en la Casa de Gobierno, y que en ninguna casa de esta especie faltan, ni en este país, ni en ningún otro.

Las investigaciones alrededor del ruidoso acontecimiento y de sus presuntos autores, no pasaron de suposiciones más o menos fundadas, sin precisar más nombres propios que el de los hermanos Pablo y Luis Neumayer, reducidos, al fin, a prisión y sometidos al Juzgado del Crimen.

Sin embargo, corrían voces que atribuían participación principal al señor Beltrán, lo que parecía confirmar la circunstancia de no conocerse su paradero, desde el descubrimiento de la mina, aunque no se hubiese dictado medida alguna contra su persona.

[...] El señor Beltrán [...] fue prófugo desde que el complot se denunció el 30 de junio de 1867, por el Jefe de Policía, don José C. Bustamante (debiendo explotar la mina a la 1p.m. del día siguiente); pero, siete años después (1874), gobernando el doctor Ellauri, se presentó don Eduardo Beltrán pidiendo su enjuiciamiento, aunque con protesta de su inocencia.

Fue recluso en el Departamento de Policía, y el sumario se inició, hasta que poco después obtuvo su excarcelación bajo fianza.

Ocurrida su muerte un año y medio después, el sumario se remitió al Juzgado del Crimen entonces de la 1ª sección, para ser agregado a la causa principal.

### *Desavenencia entre Latorre y Beltrán*

El Gobernador don Lorenzo Latorre regía los destinos del país desde los acontecimientos del 1º de enero de 1875, y digo que los regía desde esa fecha, porque si bien don Pedro Varela fue el que reemplazó al doctor Ellauri después de su derrocamiento, el papel de aquel desgraciado mandatario fue tan precario e indefinido, que su gobierno no llegó, propiamente, a marcar una época.

El coronel Latorre, como es notorio, fue el que provocó y precipitó la caída del doctor Ellauri, y desde ese día no hubo más voluntad que la suya, ni más influencia directriz en la política del país, que la que se traducía en sus iniciativas, iniciativas que el gobernante, votado por las Cámaras con los honores de tal y todo, no hacía sino acatar y cumplir.

Un buen día, pasado algún tiempo de la fecha en que el coronel Latorre hizo a un lado al señor Varela y se proclamó dictador, don Eduardo Beltrán concurría a los Ministerios y al despacho de aquél, con la misma frecuencia o más, que a la Contaduría General. El que hubiese conocido su carácter, como yo lo conocía, no podrá dudar de mi palabra si aseguro que a veces se atrevía a censurar sus actos y hasta a recriminarle por ellos.

Sin duda, don Eduardo no se apercibió de que últimamente al coronel ya no le hacían feliz sus franquezas, ni sospechó a lo que podía conducirse su amor propio herido, y porque no se apercibió de lo uno ni sospechó de lo otro, el hecho es que una tarde hubo entre ellos cierto cambio de palabras, precursor de algo más grave y trascendental.

Don Eduardo se retiró de mal talante, y de mal talante quedó Latorre en su despacho.

El día siguiente fue festivo, y ni uno ni otro tenían para qué ir al Fuerte, y no fueron. Pero veinticuatro horas más tarde, se presentó Beltrán en el despacho del Gobernador y entró con la franqueza y confianza de siempre, siendo recibido por aquél, como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Es que los dos se conocían y sabían a qué atenerse y el papel que les convenía jugar.

Se habló de todo un poco y, en presencia de Agustín Susviela, se habló también del doctor don Mariano Querencio, de Sagabrugo y por último, de la mina, del proceso seguido a los Neumayer y del que debía seguirse a otros, que no eran los Neumayer, pero sí, tan criminales y responsables como éstos.

### *Asesinato alevoso de don Eduardo Beltrán*

El doctor Querencio era íntimo amigo del Gobernador, como lo era real o aparentemente don E. Beltrán, sólo que aquél no tenía nada que temer del primero, mientras que del segundo no se fiaba, porque sabía que era mucho hombre y de pocos escrúpulos cuando se coartaban en algo sus propósitos.

El doctor Querencio mató de un balazo y en defensa propia, según lo afirmaba, a un Sagabrugo, cuando éste se introdujo furtivamente en su aposento de la calle Arapey, mientras que Beltrán era capaz, no sólo de defenderse, sino de agredir con armas iguales e inferiores, siendo necesario, pues era valiente e impulsivo a la vez.

Dije antes que se había hablado de varias cosas y del proceso de la mina, y algunas frases insidiosas del Gobernador provocaron otras de parte de Beltrán, que parecieron precursoras de un desagradable incidente y gracias a la interposición del doctor Querencio,

que había llegado momentos antes, las cosas, no pasaron de allí. Sin embargo, la conferencia no podía prolongarse por el estado de los ánimos: Latorre y Beltrán se sentían contrariados y también el doctor Querencio, así es que éste y don Eduardo dejaron al Gobernador dirigiéndose al portón de salida del Fuerte, despidiéndose allí.

El doctor Querencio tomó la calle de Rincón, y don Eduardo no detuvo un momento a la puerta del Juzgado del Crimen de la 1ª sección, instalado en el piso bajo del edificio que ocupaba el Superior Tribunal de Justicia, para hablar con el Tesorero General de la Nación, don Pedro Carve.

Entretanto, el coronel Latorre, cuando el doctor Querencio y Beltrán se retiraron, encontrándose presentes Susviela y dos jefes de su confianza, se lamentó de la insolencia de Beltrán, y de que, *estando rodeado de bigotes*, no hubiese uno de los que los llevaban, capaz de defenderle de aquel hombre que constantemente le provocaba, recordando para esto la historia de la mina y el presentimiento de algún otro atentado, del cual él mismo pudiese ser víctima.

Es de notoriedad lo que ocurrió aquella misma tarde en el zaguán de la casa de la calle Wáshington, habitada por Beltrán y que he designado en el cuerpo de este capítulo. (2)

(2) Transcribo un fragmento de la nota aparecida en *El Siglo*, el 11 de abril de 1876. La tomo de *Latorre, la unidad nacional* (Eduardo de Salterain y Herrera, 1975, p. 215), para enterarnos de algún detalle del asesinato: "*Ha causado mucha impresión un crimen cometido ayer a las 4 de la tarde, en la persona de D. Eduardo Beltrán. Al salir ese ciudadano del escritorio de Arteaga [...] fue seguido por un oficial (Valentín Martínez) del 5º batallón y dos soldados del mismo, que sin duda le esperaban y, alcanzándole en la calle Washington, uno de los soldados le dio una puñalada. Parece que, sorprendido Beltrán, entró en el zaguán N° 79 y al dar vuelta la cara para ver quiénes le acometían, el oficial le disparó dos balazos, uno de los cuales le ha atravesado la cara, arriba de los pómulos. En seguida, los criminales siguieron por la calle Washington hacia el mar, a paso muy lento, sin que ningún agente policial se presentara en aquellas circunstancias [...]*". Una confusa carta de Martínez a Máximo Santos del 10 de abril aumenta los rumores de la culpabilidad de Latorre, como real instigador. Pero, sin duda, que la versión "oficial" de la culpabilidad de Latorre, procede de su enemigo Angel Floro Costa: "*En la caza personal de los tiburones y los pulpos, ahí es donde Ud. como aquel príncipe fantástico de los mares, ha sobresalido, Coronel. Su primer pulpo fue Beltrán [...] El caía alevosamente asesinado, bajo el puñal de sus sicarios en Abril de 1876*" (*Panfletos contra puñales*, ¿Montevideo?, 1879. Tomo la cita de la selección de Enciclopedia uruguaya, Montevideo, nov. 1968, p. 295).

Según José C. Williman (h), Máximo Santos no tuvo vinculación directa con el crimen pero "*si con ilegítimas formas de protección ulterior al homicida*" (*Máximo Santos, la consolidación del Estado*, Ed. Banda Oriental, 1979, p. 40).

### Conclusión

Con la muerte de Beltrán, desapareció de la escena social y política aquella saliente personalidad, asociada a los recuerdos de la mina y a otros acontecimientos, aunque no de igual importancia.

[De: "*Bocetos y Brochazos*", pp. 141-154]

## FACSIMIL E HISTORIA FINAL DE UN GOBERNANTE

*De cómo a veces cuesta menos dominar las alturas  
que conservarse en ellas*

[El atentado a Máximo Santos. Su destino]

### *De lo que precedió al beneficio teatral de una simpática artista*

¿Qué pueden importar esos numerosos grupos de señoras y niñas prolijamente ataviadas y de porción de caballeros y de jóvenes dragones, que descienden a grandes pasos, la pronunciada pendiente de la calle Ituzaingó hacia el Norte?

¿Qué significa ese *coupé* relumbroso arrastrado por briosa pareja de caballos zainos y de no menos relumbrosos arreos, conducido por la mano amaestrada de auriga de librea y a quien acompaña un moreno de estatura gigantesca, que lleva el vestuario e insignia de sargento lo.?

¿A dónde se dirige ese carruaje, cuando desemboca en la plaza Constitución, siguiendo la calle de Sarandí para tomar después la de Ituzaingó, sin detenerse, hasta llegar casi a la de Piedras?

Y por último, ¿cómo regresa ese carruaje minutos después, repechando con casi igual velocidad la misma pendiente por la cual se había deslizado momentos antes y apareciendo en sus portezuelas los mismos tules y las mismas flores de que hiciera gala en su carrera anterior?... ¿qué llevaba al descender y qué traía al repechar?

Un cuarto de hora antes, yo, a mi vez, había bajado por la misma calle de Ituzaingó, hasta detenerme a la entrada del teatro Cibils, cuyos escombros se encuentran hoy a la vista, desde la fecha, no muy remota, de su incendio, mientras que entonces su frente aparecía engalanado y de fiesta.

En la noche del 17 de Agosto de 1886, tenía lugar en este teatro el beneficio de la festejada primer soprano Eva Tetrzini, habiendo elegido ésta, para su fiesta de honor, la hermosa ópera de Ponchielli "Giacinta", entonces en boga y, además, prestigiada por la soberbia interpretación que la bella y genial artista hacía del papel de protagonista.

En efecto, por ese año se encontraba en Montevideo y actuaba en el Teatro Cibils, la soprano Dramática Eva Tetrzini que meses antes

había debutado con bastante éxito en el Solís, y llegado el fin de la corta temporada en aquel Teatro anunció su beneficio que debía realizarse cantándose la "Gioconda" de Ponchielli.

Gran concurrencia asistió esa noche a la representación, pues a la demanda espontánea de localidades, iniciada por los aficionados y admiradores de la joven y simpática artista, mediaba la circunstancia de que ésta había hecho un gran reparto de palcos, sillones de orquesta y galerías bajas y altas, lo cual aseguraba una sala lucida y llena de animación.

La función estaba, como de costumbre, anunciada para las ocho y media p.m. y un cuarto de hora antes me encontraba en el vestíbulo, hablando con el Doctor Carvalho Lerena, que se proponía oír su ópera favorita, según me lo dijo esa noche, después de habérmelo dicho otras muchas.

Faltaban apenas cinco minutos para la hora fijada en los carteles, cuando el Doctor Carvalho entró a ocupar su asiento como yo a ocupar el mío, con el cual contaba desde la víspera, en la ochava izquierda de la platea; el teatro ofrecía un aspecto que parecía ser segura prenda de una noche de gratas emociones y en este sentido, y con las salvedades del caso, me prometía aprovechar la oportunidad que se me brindaba.

Para más completa satisfacción, me encontré con que, a la derecha de mi asiento, se hallaba ya instalado el respetable y antiguo comerciante de esta plaza, mi particular amigo Don Bernardino Ayala y su distinguida señora, a quien no conocía personalmente en aquella fecha, pero a la cual tuve la feliz ocasión de complimentar esa noche.

Entretanto, la concurrencia iba en aumento gradualmente y dadas las ocho y media, que era la hora señalada para empezar el espectáculo, la orquesta hizo oír los primeros compases de la obertura o preludio y el telón se descorrió en medio de la mayor satisfacción del numeroso público, que ya ocupaba el teatro casi en la totalidad de sus localidades, pues no faltaban por ocuparse sino dos palcos de la derecha y una que otra butaca.

Pasadas las primeras escenas y despejado el escenario, solo el barítono quedó en él y todos nos preparamos para oír al artista en el interesante pasaje, tal vez el de más destaque, que señala el primer acto de esta ópera.

La abstracción en que se mantenía el público, esperando la escena que precede a la denuncia cobarde de Barnaba por la "Boca del León", no podía ser más completa, lejos de suponer que momentos después, la escena podría cambiar radicalmente a causa de un inesperado acontecimiento.

*¡Oh, Monumento!...*

En efecto, a esta altura del primer acto de la bella partitura, se sintió en medio de los compases ruidosos de la escena culminante de Barnaba, así como un chasquido a nuestra espalda, pero al exterior del edificio, o sea en el vestíbulo de entrada, parecido al que podrían producir una o más tablas de poco espesor, que hubiesen caído de plano sobre el piso.

Al mismo tiempo, en las ochavas de la platea se producían dos remolinos o pequeños tumultos de espectadores que, ya sentados, se incorporaban bruscamente y abandonaban sus localidades con tendencia a alejarse y de otros, que abandonaban con precipitación los palcos y galerías. Y, a propósito, el señor Ayala me llamó la atención sobre Don Clodomiro Arteaga, quien indeciso y en compañía de dos de sus hijas y alguna otra persona de la familia, en menos de un minuto entró con precipitación en un palco, para salir de él y tomar otro inmediato, concluyendo al fin por abandonarlo también y desaparecer por la galería del fondo.

La mitad de los concurrentes de la platea se hallaban de pie y mirando hacia la entrada con marcada inquietud y los mismos artistas en escena al final de la cometida al barítono, poseídos también de cierta inquietud, bien que más hija de la curiosidad que del temor a un peligro.

Sin embargo, el espectáculo seguía adelante y los concurrentes en su mayoría no prestaban atención, pero de pronto empezaron a levantarse y a salir de la sala con el propósito, al parecer, de averiguar lo que ocurría.

Entre estas personas, el joven hijo del señor Ayala hizo otro tanto, no tardando en regresar poseído de cierta emoción, para hacernos saber que un oficial del ejército había atentado contra la persona del General Santos, descerrajándole un tiro de revólver en el momento que éste atravesaba el vestíbulo del Teatro; agregando que la bala, que se suponía explosiva, le había atravesado el rostro, entrando por entre los maxilares superior e inferior derechos y saliendo por el lado opuesto.

—¿Y el herido? —pregunté yo.

—Fue inmediatamente conducido al carruaje y a todo escape, hasta su casa habitación, cerca de la cual estará ya.

—¿Y el heridor? —agregué enseguida.

—Dicen que huyó...

—¿Qué huyó?...

—Pero también dicen... que acababa de suicidarse después de consumado el hecho y de correr unas dos cuadras alrededor de esta

misma manzana, seguido de cerca por el sargento al servicio del general, y que se encontraba en el pescante de su carruaje.

Quedamos profundamente impresionados con la noticia y sólo esperábamos que el acto de la ópera terminase, para adoptar la resolución que pudiera convenirnos.

Muchas familias, con estos datos y otros que se obtuvieron después, se retiraron del Teatro, pero la mayoría, incluso nosotros, decidimos, aunque un tanto vacilantes, permanecer por el momento y en este estado de indecisión empezó y terminó el segundo acto de la ópera.

Después de esto, supusimos que no había ya motivo para abandonar el Teatro, cuando momentos antes de empezar el tercero y en medio de un profundo silencio y sorpresa general, se presentó un empleado en el escenario, haciéndonos saber que por orden superior se suspendía el espectáculo.

*A un pozo cayó nuestro gozo y a media función y con cierta contrariedad abandonamos Cibils, cerca ya de las once de la noche, pudiendo notarse tranquilidad completa y el aspecto de siempre, en las calles de la ciudad.*

Al compás de mis pasos y en dirección a mi casa, pensaba en el suceso ocurrido en el vestíbulo de Cibils, y decía para mi capote: ¿a qué responderá este atentado? ¿será la obra de un intento vulgar, o tendrá relación, más o menos directa, con la *política* de nuestra tierra? Con algunos nuevos detalles podremos, sin duda, formar más exacto juicio, esperemos, pues... ¡Un balazo en la cara!... ¡diablo!... casi puede asegurarse que la puntería se hizo o quiso hacerse a la cabeza y... ya sabemos cuál sería el resultado de una bala explosiva... o no explosiva, que diese en el blanco!

Probablemente... la vida del General no peligrará... salvo cualquier complicación... pero, de cualquier modo, sucesos de esta especie son siempre precursores de... otros tanto o más importantes...! Mañana veremos más claro, Peralta!... y Peralta entró al fin en su casa después de este monólogo.

### *El Pacto de Conciliación*

Al día siguiente se tenían en la prensa todos los detalles del acontecimiento de Cibils, denuncia del nombre del heridor y circunstancias de su suicidio en la calle Treinta y Tres, veinte pasos hacia el Norte del taller de litografía y tipografía del "Libro Inglés".

Los motivos que se atribuían al Mayor Ortiz, que fue el agresor del General Santos, no dicen al objeto de mi narración y por consiguiente

to, prescindo de ellos, como prescindo de los detalles del hecho en sí, por igual motivo. (1)

Menciono sencillamente este último, sólo para poder estudiar la influencia, que a mi juicio, tuvo en los importantes sucesos políticos que se sucedieron con grande precipitación durante el corto período restante que gobernó el General Santos, hasta que se hizo sustituir en el gobierno de la Nación por el Teniente General Don Máximo Tajés en noviembre del mismo año 1886.

Pero sí me detendré a encomiar la conducta observada por este militar en la noche del atentado, con motivo del suceso de que vengo ocupándome.

Cuando, en el cuartel de la escolta presidencial, inmediata a la casa del General Santos (y cuyo terreno ocupa hoy el Teatro «Albéniz»), no supo que aquél había sido herido en el Teatro Cibils, parece que se hicieron manifestaciones de hostilidad que llegaron a ofrecer ciertos conatos que habrían podido llegar a extremos lamentables y comprometer la situación de los concurrentes al Teatro, o cuando menos perjudicar la de algunas personas que figuraban entre ellos, con nota más o menos comprometida acerca del Gobernante.

Gracias a la oportuna intervención del General Tajés, pudo conjurarse aquel peligro, haciendo valer su poderosa influencia y ordenando desde el primer momento la suspensión del espectáculo, para, por este medio, hacer que aquellas personas se retiraran a sus casas lo más pronto posible.

No fue pues, poca imprudencia nuestro retardo en hacerlo, por sólo el propósito de no malograr la segunda parte de la representación.

Decía al principio de este Capítulo, que sucesos como el ocurrido en Cibils la noche del 17 de Agosto, generalmente son precursores de otros de tanta o mayor importancia.

(1) Ya que el "Licenciado", inocultable partidario de Santos, nos niega algunos datos relevantes, trataré de esclarecerlos. Documentos exhumados por Eduardo Acevedo, Juan Pivel Devoto y José C. Williman, acreditan la inexistencia de una conspiración política detrás de la mano del Capitán Ortiz. El embajador alemán Rotenhan informó a su cancillería: "no existen puntos de apoyo precisos de conspiración [...] Me dicen que sólo por orden del propio general Santos a su guardia personal [...] se impidió que [...] realizara actos de venganza y pillaje en el teatro y la ciudad". En carta del 7 de junio de 1881 enviada por Ortiz a Santos, el corresponsal asegura: "[...] le dirijo la presente con el objeto de saludarle [...] y en ella participar a un padrino que le profeso el cariño de un padre [...]". El ahijado padecía un desequilibrio emocional, causa más visible del atentado. Anota José C. Williman: "La mejoría del herido fue lenta. La ausencia, en la época, de cirugía plástica, determinó que quedara en la mejilla de Santos un orificio que le obligaba a comer poniendo un pañuelo contra él, para evitar que saliera por allí la comida ingerida" (en: op. cit., p. 174).

Y no me equivocaba, porque la influencia que ejerció el atentado contra el General Santos, que a la sazón desempeñaba la Presidencia de la República, no pudo ser, ni más decisiva, ni más inmediata en los futuros destinos del país.

Quebrantada sin duda la fortaleza de su espíritu, herido en el rostro que, desde el día en que lo fue, mostraba a la vista de todos la prueba evidente de aquella afrenta, él, que hasta entonces había dado pruebas de su firmeza y de su valor, bastándose para hacer su voluntad en un ambiente que le era adverso, subordinó sus ideas, y tal vez aquella voluntad, a las circunstancias y buscó en el seno de sus adversarios políticos, lo que le faltaba para combatir con éxito la adversidad.

Así, tan pronto como sus heridas cicatrizaron y transcurridos dos meses y medio, fue que provocó, como se ha dicho, el llamado pacto de conciliación dirigiéndose para ello, al distinguido ciudadano Dr. D. José Pedro Ramírez, y en una segunda entrevista, tuvo lugar la discusión de las bases que, como es fácil comprender tenía que ser (como fue), bastante laboriosa.

Al fin, se aprobaron y firmaron y el día 18 de Noviembre, se tiró un decreto nombrando Ministro de Gobierno al Doctor Ramírez, de Relaciones Exteriores al Doctor Juan C. Blanco y de Justicia y Cultos, al Dr. Aureliano Rodríguez Larreta, quedando así integrado el Ministerio de Santos, pues los Ministros de Hacienda y Guerra, señores Antonio María Márquez y General Pedro de León, debían continuar en los respectivos puestos que habían conservado hasta entonces.

Montevideo, o mejor dicho el país entero, después de la entronización del Coronel Latorre y actuación del General Santos (1875 a 1876), se entregó delirante, por primera vez, a toda clase de regocijos y en el nublado horizonte de la política de aquellos once años de sinsabores, surgió al fin, un rayo de luz y esperanza para el porvenir. [...]

Sin embargo, esta lucha diaria, a que el General Santos no estaba acostumbrado, la situación anómala en que lo había colocado la crisis económica del país y el acontecimiento lamentable del 17 de Agosto, agotaron sus esfuerzos, que si llegaron hasta aquella fecha, se debía a la complacencia que le produjo el verse, una vez por todas, aclamado y vivado por el pueblo en medio de las expansiones a que éste se entregó el día que se proclamó el pacto de conciliación.

Pero, al fin, la realidad de las cosas pudo más en su ánimo y la decepción y el cansancio hizo el resto, concluyendo por renunciar como renunció a su alto puesto y proyectar un viaje a Europa, buscando descanso a sus fatigas durante los años que reemplazó en el poder al Coronel Latorre.

La noticia, cundió como un rayo repercutiendo por todo el país, con el agregado de que el General Don Máximo Tajes lo sustituiría por los tres años, que restaban para cumplir los cuatro, porque él había sido nombrado ese año, es decir: hasta el 1o. de Marzo de 1890.

De manera que, así quebrantada su moral y quizá, sus energías por tales causas, y amargado para complemento por los primeros síntomas de una afección cardíaca, *deficiencia mitral*, que como es notorio, bien pronto precipitó su fin, su actuación al frente del gobierno, duró corto tiempo, hasta abandonar el poder y el país para trasladarse a Europa.

Han transcurrido desde entonces treinta y seis años y aun me parece ver desde el balcón de mi casa en la calle Ituzaingó y a hora avanzada de la tarde, pasar al ex-gobernante por la esquina de la Catedral hacia el Norte y en dirección al embarcadero, acompañado de un séquito de amigos y de la escolta presidencial, a título sin duda, de un último honor tributado en su país, así como el relumbrar de las hojas y medias lunas de sus lanzas, bajo los últimos rayos del sol de esa tarde inolvidable.

[...]

#### *A propósito del regreso de Santos*

Durante los dos primeros años de la administración del General Tajes, el ex-presidente Santos paseaba en Europa, con residencia preferente en París en compañía de algunos de sus amigos hasta que realizó su regreso, no a Montevideo, pues sabía que esto no era posible después de la visita del General Tajes al Cuartel de la Plaza de Artola y de la actitud, que a continuación de aquélla, adoptó para con Santos.

El propósito de éste fue desembarcar en Montevideo, pero advertido de que no podía hacerlo por resolución superior, decidió instalarse en Buenos Aires.

Este nuevo golpe le afectó profundamente, su enfermedad se agravó un tanto más, y su familia y algunos amigos se trasladaron a la otra orilla para hacerle compañía.

[...]

#### *La enfermedad y muerte del General Santos*

La condición de éste en Buenos Aires, continuó siendo la misma durante el año 1887, llena de contrariedades que su familia contribuía a dulcificar con su presencia y sus cuidados, aunque la enfermedad ganase camino.

Se trataba de una afección muy adelantada, y en los últimos meses de aquel año se acentuó de tal manera que empezó a ofrecer serios temores de un desenlace fatal.

Se había consultado a los mejores médicos de la capital bonaerense sin resultado satisfactorio, y cada día que pasaba ofrecía a la familia menos probabilidades de vencerla.

Por último, el estado del enfermo se agravó de una manera alarmante y tanto, que se creyó que todo terminaría en cualquier momento.

Sin embargo, la naturaleza del enfermo resistió aún durante la noche en que más se agravó, y a pesar de la intensidad del mal.

El enfermo se encontraba rodeado de varias personas de su familia y de dos jefes militares, siendo uno de ellos el General Amuedo, quien trataba de darle ánimo.

—¡Valor!... ¡valor compañero! —le dijo en aquellos momentos de angustiosa tribulación.

El paciente le miró con tristeza.

—¡Valor... —murmuró— *valor no me falta... pero es... que no puedo más* (2) —y dejó caer su cabeza sobre el pecho, casi desfallecido.

Y tenía razón, porque... una y media hora después, había muerto, por asfixia.

Este suceso tuvo gran resonancia en Buenos Aires por las vinculaciones que ligaban al finado con muchas personas de las clases civil y militar, y que concurrieron al domicilio de la calle Centro América a presentar sus condolencias a la familia.

En Montevideo sucedía otro tanto, aun con mayor motivo y por lo que tal acontecimiento debía influir en el desarrollo futuro de la política del país.

La prensa uruguaya, sin distinción de colores políticos, fue relativamente parca en apreciaciones sobre la actuación del General Santos durante sus once años de gobernante.

El poderoso de ayer había pagado su tributo a la naturaleza; la apreciación de sus actos, buenos o malos, correspondía a la Historia, y bien cuerda fue la benignidad de las apreciaciones de sus contemporáneos, porque... al fin, no sabíamos entonces si con el andar del tiempo no tendríamos que ver cosas, que sin consistir precisamente en los males de aquella época, con todo, *harían temblar as pedras!!* en la presente.

(2) Textual. (Nota del autor).

### *Su sepelio*

Una vez producido el fallecimiento, el hecho fue comunicado por telegrama a Montevideo y, además, la familia se dirigió al Gobierno, con el propósito de combinar con el Estado Mayor General los honores que debían decretarse a aquel militar, en su categoría de Capitán General de la Nación.

Acordado todo esto y designado el día en que debía verificarse aquel acto en Montevideo, el cadáver fue instalado a bordo de un vapor de la carrera, trasladado al puerto de su destino y de allí a la casa particular del finado, sita en la calle 18 de Julio, que hoy ocupa la Jefatura de Policía de la Capital.

Más tarde, a las diez y media a.m. tuvo lugar el entierro con gran pompa, asistiendo el Presidente de la República y algunos de sus ministros, Cuerpo Diplomático, altos funcionarios públicos, varios cuerpos del ejército de la capital y numeroso pueblo.

En el segundo cuerpo del Cementerio Central y en el modesto panteón de don Joaquín Santos, ubicado en el ángulo inferior Sud-Oeste fueron depositados sus restos mortales y en donde según tengo entendido, aún reposan. [...]

[De: "*Sexteto Clásico*", pp. 125-155]

## JUEGOS MALABARES

*De cómo suelen fallar las mejores combinaciones y convertirse en derrotas los triunfos más completos*

[Un presidente como blanco: Idiarte Borda]

### I

#### *El Hombre del Frac Negro*

A mediados de marzo de 1894, siendo las dos p.m., transitaba yo de Norte a Sur por la calle de la Brecha, cuando en dirección opuesta a la mía se me ofreció la silueta de un hombre vestido de rigurosa etiqueta, de frac negro, corbata blanca y sombrero de copa, no tardando en reconocer en él a un senador de la República.

Ambos nos detuvimos al encontrarnos, precisamente, a la puerta de la casa-habitación del distinguido caballero don Pablo Nin y González.

—Por supuesto, —le dije— va usted a la constante tarea de estos días.

—Y de tiros largos, como usted ve, —contestó— porque son tantas las veces que voy y vuelvo al Cabildo, que ya no me detiene ningún escrúpulo, pues prescindo del sobretodo y me exhibo en cuerpo.

—Y hace usted perfectamente, —le observé, —por más que resulte infringida la regla aquella de no usar el frac negro de día.

—Así es —concluyó—, y tendiéndonos la mano, nos alejamos en direcciones opuestas; el senador, seguramente, pensando en sus cominos, y yo en un hombre de frac, a esas horas, y sobre todo a cuerpo gentil.

Es posible, que a muchos como a mí, les cause extrañeza lo del frac negro, aunque recuerdo que hace poco más de medio siglo se había generalizado el uso diario y frecuente del frac entre los hombres de cierta posición social en Montevideo, sin distinción de profesión y hábitos y eran muy contados los que podían excluirse de aquella costumbre.

Usar el frac, era lo mismo que usar la levita, que entonces era de moda, mientras que hoy ha sido sustituida por el jacquet y por el smoking.

Pero debe tenerse presente que sólo se trataba del frac de color marrón o azul con botones lisos de metal amarillo; pues el negro estaba reservado para la etiqueta de los salones, recepciones y otros actos públicos en general.

Parece que veo pasearse por las calles de Montevideo, con especialidad las de 25 de Mayo y 18 de Julio, en ese traje a nuestros "leones" de entonces figurando entre ellos Jacinto Vargas, Prudencio Ellauri, José Vázquez Sagastume, los hermanos Anavitarte, José Delizarsa, Nicolás Herrera, Manuel Carvajal y entre éstos, un león "maduro" llamado Marcos Arredondo, de nacionalidad argentina, cuya calva prematura había puesto a la vista su cuero cabelludo... sin cabello.

Los sastres Lacassagne y Lamolle; el sombrerero Casal y el zapatero Latril con su calzado, tan bueno o mejor que el de Fattorusso y Caimi, se encargaban de proveer a los "dandys", o dragones que dejo nombrados, para complementar el respectivo indumento con que estos últimos presumían en las calles de Montevideo, luciendo su frente, su perfil y andar cadencioso de conquistadores de doncellas.

Esto ocurría como lo he insinuado, hace media centuria; pero si descendiésemos algunos años más en la fecha, tendríamos que el mismo frac negro era usado, a la par del de color, de día y de noche, indiferentemente, en las fiestas y en las tareas diarias que fuesen conciliables, se entiende, con el empleo o uso de semejante prenda.

Pero noto, y habrá notado el lector, que me he desviado un tanto del tema que expresa el título de este capítulo, y esto me obliga a reaccionar en sentido de poner a mis lectores en actitud de saber lo que debe entenderse por juegos malabares en los episodios en que me voy a permitir iniciarlos.

## II

### *En el Mundo Parlamentario*

Sabido es que las Cámaras Legislativas de 1894 emplearon veintiún días para nombrar sustituto al doctor Julio Herrera y Obes en el cargo de Presidente de la República, siendo varias las combinaciones que surgieron en su seno, no sé si consultando los intereses nacionales o paliando los designios interesados de los círculos en que se había dividido la opinión de los legisladores.

Pero, cualquiera que fuese el móvil, por otra parte bien conocido y del cual no es mi propósito, ni tengo para qué ocuparme, el hecho es que la anormalidad de semejante actitud de las Cámaras, dio fundado

motivo para que el país formase un juicio desfavorable, a propósito de las artimañas y proceder poco regulares que se emplearon en tal ocasión.

Sin embargo, en medio de estrategia tan censurable, hubo uno de los diputados, el doctor Eduardo Fernández y García, que sobreponiéndose a estas maquinaciones propendió patrióticamente a allanar las asperezas de la situación que se había creado, y que dificultaban indefinidamente la solución del problema presidencial.

Al fin, apurados los últimos recursos, el escándalo terminó por una combinación en que, descartada la personalidad del doctor José Ellauri, que fue electo y no aceptó, y las candidaturas de don Tomás Gomensoro, don Miguel Herrera y Obes, don Alcides Montero, generales Máximo Tajés y Luis Eduardo Pérez y ciudadano don Alejandro Chucarro, a quien abonaba, desde su retiro, el doctor Herrera y Obes, fue proclamado Presidente de la República don Juan Idiarte Borda, bien que surgido de un pacto tan raro e imprevisto, como la labor de aquellos veintiún días; que hizo decir al doctor Herrera y Obes, al enterarse por teléfono y tirando el tubo de éste con enojo, la misma palabra que Cambronne pronunció en el campo de Waterloo, y que si allí subrayó una acción de heroísmo aquí lo fue de contrariedad.

### III

#### *Primeros actos del nuevo Gobierno y presagios de tormenta*

Ya en posesión del cargo el nuevo Presidente, su primer paso consistió en exhibirse ante una parte de la guarnición de la Capital, formada desde el extremo Sur de la calle Ituzaingó hasta la Plaza Constitución, no recordando bien si lo hizo en carruaje descubierto o a caballo, ofreciendo esto, como ofreció, un cuadro o espectáculo un tanto extraño y novedoso.

Después constituyó su Ministerio con los señores doctor Miguel Herrera en el Departamento de Gobierno; en el de Relaciones con el doctor Piñeyro del Campo; en el de Guerra con el general Juan José Díaz; en el de Fomento con el ingeniero Juan José Castro y en el de Hacienda con don Federico Vidiella, con cuya composición ministerial produjo la mejor impresión en el ánimo del pueblo, neutralizando en parte las contrariedades que engendraron las circunstancias irregulares de la elección.

No faltaron iniciativas felices en las medidas adoptadas por el Gobierno en sus actos posteriores, y así encaminadas las cosas todos

empezamos a alimentar esperanzas más o menos probables para el futuro, aunque luchando siempre con ciertas prevenciones a que daban lugar los antecedentes indicados.

Cuando estas preocupaciones a que acabo de referirme empezaban a olvidarse, dando entrada a nuevas esperanzas, un pequeño detalle que asalta a mi memoria vino a constituir nuevo desagrado. A consecuencia de un motivo trivial a que se dio, por el Presidente, una importancia de que carecía, a una observación que con legítimo derecho le hizo su Ministro de Relaciones Exteriores, durante uno de los acuerdos generales, le contuvo diciendo: "que no permitía al señor Ministro..., etc., dando esto lugar a que este último se retirase, como se retiró, del Palacio de Gobierno, mandando después su renuncia indeclinable del cargo; puesto que no era necesaria su presencia allí donde "no se le permitía", una observación sobre los asuntos que se ponían al Acuerdo.

Y así... con varias alternativas, ya de buenas, ya de malas impresiones, continuó el señor Idiarte Borda su gobierno después de subrogado el Ministro saliente por el no menos distinguido ciudadano doctor don Manuel Herrero y Espinosa.

Pasaron los tres primeros años de su gobierno en lucha acentuada con las aspiraciones populares que tenían más relación con las finanzas del país, que con lo que se relaciona con la dichosa política, que tanto nos cuesta y tiene que costarnos todavía.

El horizonte fué nublándose por grados, y con paso lento, pero seguro, empezaron a esbozarse los preludios de una próxima invasión al país que no tardó en encabezar el caudillo nacionalista don Aparicio Saravia y el coronel de línea don diego Lamas, teniendo sus primeras manifestaciones en el Departamento de la Colonia, en el Puerto de Sauce o sus inmediaciones, para terminar el primer cuadro de ella con la acción sangrienta de los Tres Arboles y continuando con otras de lamentable recuerdo.

#### IV

##### *Inculpaciones al Gobernante y atentado a su vida*

Llegó a culparse al Presidente de la República de ser el causante de la guerra civil en su país, y hasta de ser el único obstáculo para la realización de la paz, y de tal manera se difundió esta especie y fue corriendo o repitiéndose de boca en boca, que un formidable anatema fue pronunciado sobre el desgraciado gobernante que, en concepto de muchos, si faltas y errores cometió, de seguro no fue la

de ser enemigo de la paz, en cuya realización o no realización más que él, eran otros los que podían influir e influyeron en aquellos difíciles momentos.

7 Llegó hasta atentarse a su vida, cierta tarde al regresar del campo a su casa de la ciudad, en la Avenida 18 de Julio, la misma que ocupa hoy el Jockey Club, no obstante haberlo hecho rodeado de sus edecanes, ayudantes y guardias y llegar en esta condición al umbral de la puerta principal de entrada.

Fue en ese momento que salió de la casa contigua a la izquierda de aquella entrada, —y la cual habitaba un dorador con su negocio—, donde lo esperaba apostado desde horas antes, un joven llamado Raveca, que armado de un revólver se abalanzó de pronto pretendiendo herirle en la cabeza sin conseguirlo; pues el arma negó fuego, siéndole arrebatada inmediatamente y el agresor conducido a la cárcel pública y sometido después a los Tribunales por homicidio frustrado.

Es fácil calcular el efecto que esto produciría en esta ciudad, ya en los centros políticos como en los sociales, prevenidos desfavorablemente como estaban contra el mandatario sindicado como causante de la prolongación de la guerra civil, y cuando, día a día, se recibían noticias desastrosas de campaña, no sólo por los hechos de armas que se producían, sino por los destrozos y perjuicios incalculables originados en las haciendas y alambrados, tanto por el ejército invasor como por las mismas tropas del Gobierno.

Nada diré de lo que se sufría en el comercio de la Capital, por las medidas precaucionales que tenían que adoptarse en sentido de aminorar y de prevenir, si fuese posible, mayores perjuicios, haciendo complemento a una situación de dudas y desconfianzas semejantes que mantenía la inquietud de los ánimos y el presentimiento de nuevos males y desastres.

La prensa, preocupada tanto de la política como de las finanzas, continuaba impertérrita en su propaganda tendiente a inducir a una y otra por el buen camino, indicando para ello algunas medidas prácticas [...]

Todo estaba perturbado; nadie podía calcular el giro que iban a tomar los acontecimientos con la prolongación de la guerra, y al fin nadie encontraba remedios para estos males sino en la realización inmediata de la paz.

Y la paz se proclamaba a todos los vientos por las clases conservadoras y por elementos importantes de la Administración pública, en los cuales no podía el gobierno depositar toda su confianza, porque hechos contradictorios y de gran significación se lo atestiguaban, induciéndole a la abstención, siendo así que todo el mundo le exigía

hechos de inmediato: le exigía la paz.

Y entretanto pasaban los días y las semanas sin que esa paz se realizase; recayendo implícitamente la responsabilidad de tamaña omisión, al menos en el concepto público, en el Presidente de la República, lo que constituía una verdadera sentencia o fallo formidable. Y a la verdad, no estaba en su mano realizarla por encontrar dificultades insuperables en varios e importantes elementos del ejército y del partido [...].

El Presidente, me decía una noche en su casa:

—¿Ha visto usted el cargo que se formula contra mí... que yo tengo nada menos que la culpa de la continuación de la guerra civil?

—Es cierto, Presidente, eso dicen; pero no debe atribuirle mayor importancia en atención al estado de los ánimos.

—Sin embargo, —replicó el gobernante, — mi indiferencia podría traducirse como aceptación de la responsabilidad que se me atribuye. No puedo resignarme a quedar en esta situación, en el concepto público, y entretanto, es de otros y no de mí de quienes depende la realización de la paz, al menos, desde luego, como se pretende.

Mucho me impresionó esta confianza y varias veces, en el curso de los años transcurridos, lo he recordado con verdadera pena cuando, por una asociación de ideas, han surgido a mi vista los cuadros lamentables del año 1897, que vinieron a servir de complemento a los graves errores que en inadvertida concurrencia todos contribuyeron a consumir.

## V

### *Preparativos*

Desde tiempo inmemorial, en Montevideo, era costumbre corriente que los Poderes Públicos y empleados superiores de la Administración, en general, hicieran acto de presencia en las festividades religiosas.

En la Semana Santa, en el día de Corpus Christi y en los de fiestas cívicas, preferentemente el 25 de Agosto, aniversario de nuestra independencia, se veía en el templo a todos aquellos personajes y miembros de legaciones y consulados, representantes de países amigos, que confraternizaban y compartían con la iglesia el placer y la satisfacción de prestigiar, en diferentes sentidos, tales actos religiosos.

Tantas veces vi a los Ministros del Interior, cuando desempeñaban esta cartera y la de Relaciones Exteriores, y más tarde cuando se creó el de Justicia y Culto, conducir con brazo firme el pesado

pendón, como emblema del Santísimo inmediato al palio y un poco antes de la cruz parroquial; salir después por una de las puertas del templo hasta el atrio, recorrer éste en su extensión y entrar de nuevo por la otra nave, hasta llegar al pie del altar mayor y ponerse fin al acto.

Pero los años y nuevos gobernantes fueron sucediéndose, entibiándose por una y otra razón las buenas relaciones entre las autoridades administrativa y eclesiástica, hasta llegar al extremo de no concurrir el Gobierno a las fiestas que se celebraban durante el año, sin que pudiese atribuirse esto a motivos eventuales, sino que se sabía de antemano que había tenido el propósito deliberado de no concurrir.

Aquel orden de cosas vino, precisamente, a modificarse durante la administración del Presidente don Juan Idiarte Borda, y así resultó, en efecto, pues que para el 25 de Agosto de 1897 se anunció la celebración de un Tedeum, como en años anteriores, en la Metropolitana, con asistencia del Superior Gobierno, miembros de los Poderes públicos, Cuerpo Diplomático y empleados civiles y militares.

Pocos días después se hicieron los arreglos de costumbre en el templo, preparando convenientemente el estrado para las autoridades concurrentes, según su categoría, con la colocación, además, de dos filas de asientos, a partir del sitio preciso que debía ocupar el Presidente y sus Ministros, frente al púlpito tradicional, pues entonces no había sino uno solo, hasta el cancel de la entrada de la nave mayor, para que el espacio determinado por esas dos filas facilitase el paso del Gobierno y su séquito.

Al Cuerpo Diplomático se le había destinado, así como a los Senadores y Representantes, los asientos colocados en forma circular bajo la media naranja; a los Ministros a la izquierda y derecha del Presidente, y al Tribunal Superior de Justicia el antipresbiterio, anterior a la escalinata que conduce a este último; colocándose para ello los respectivos asientos.

Y llegó la tarde del 24, víspera del clásico día, con todos los arreglos terminados que podían tener relación con el acto que debía verificarse al día siguiente.

## VI

### *Estado de los ánimos*

Una salva de veintiún cañonazos anunció la salida del sol en el gran día de la patria, poniendo una vez más a prueba la problemática resistencia de nuestros cañones de la Fortaleza del Cerro y la abne-

gación y valor personal de nuestros artilleros.

Nos encontrábamos, pues, en pleno 25 de Agosto, y aunque la primera impresión fue grata al son de los disparos de nuestros cañones y repiques de las iglesias de la Capital, la lectura de los editoriales de "El Día" y de "La Razón", diarios de la mañana, no pudieron menos de nublar nuestro semblante sin poder sobreponernos durante las horas que siguieron a aquella lectura, a la honda emoción que ella nos produjo.

Los rumores pesimistas que corrieron esa mañana, y que ya tenían precedente desde una semana antes, se acentuaron y en la conciencia de todos estaba grabado íntimamente, que algo grave y tal vez desastroso, tenía que ocurrir ese día.

El ambiente alrededor del Gobernante era uniforme, y había que inclinarse a una especie de fatalidad del momento a que no era posible sustraerse.

Voces corrieron en el curso de las primeras horas de la mañana en sentido de suspenderse el Tedeum, y aun algo de esto se dijo desde la vispera; pero otras versiones corrieron, no la vispera, sino en la mañana del 25, de que, a pesar de las manifestaciones de la prensa, el Presidente, procediendo dignamente, no podía dejar de concurrir al Tedeum y que, por consiguiente, aquél asistiría.

Algunas de las generaciones presentes, es posible que no conozcan los antecedentes en detalle del drama terrible de ese día, y con especialidad los términos en que aparecieron concebidos los editoriales de "El Día" y "La Razón".

Hoy mismo, para el que no está en aquellos antecedentes, producen honda impresión, creyéndose uno transportado al escenario, puede decirse, en que con más o menos acentuación contribuye hasta dar vida y autenticidad actualmente a los hechos que allí pasaron en los dos tercios de aquel aciago día.

Las terribles palabras (que no reproduciré por cierto, a pesar de los veintitrés años transcurridos), del artículo editorial de Carlos M. Ramírez del 25 de Agosto, a la par de los cañonazos de la Fortaleza del Cerro, resonaban en los oídos y en el corazón de los habitantes de la Capital, como fúnebre presagio del triste y lamentable acontecimiento que flotaba en el ambiente, días antes, y que en la tarde de ese día tuvo fatal confirmación. [...]

En el nebuloso y pesado ambiente de aquellos aciagos días del mes de agosto de 1897, sugestionado yo, como la mayoría de los habitantes de Montevideo, pude sentirme impresionado y hasta subyugado por las palabras del redactor de "La Razón", en el editorial del día 25, pero, cuando han transcurrido casi 23 años, serenándose mi espí-

ritu y haciendo nueva lectura de ellas, considero injustificado y hasta cruel el anatema con que conminó al infortunado gobernante, tanto más, si se tiene en cuenta, que no hubo un hecho preciso de negativa de aquél a hacer la paz, y que pudiera servir de cabeza de proceso, para juzgarle con el rigor que fue juzgado. (1)

Entretanto, siempre fue un problema, y lo es hoy mismo para el país, aunque no para algunos, si Arredondo procedió obedeciendo a extraños planes o a sus propios designios, no faltando ciertos antecedentes que obligan, cuando menos, a suspender todo juicio y a citar nombres propios en voz baja.

Pero fuere como fuere, el caso es que el Presidente Borda fue alevosamente asesinado en una plaza pública, a la faz de sus Ministros, de su séquito y de sus tropas, sin otra causa política imputable que la consigna o el fanatismo de un impulsivo o monomaniaco, a quien precipitaron las manifestaciones hostiles y conminatorias de un pueblo sugestionado. [...]

## VII

### *El Trayecto*

A las doce y media de la tarde empezó a afluir la población a las inmediaciones de la casa presidencial desde la calle Arapey, reforzándose por grandes grupos hasta llegar a obstruir las veredas y haciendo difícil el tránsito por la expresada calle en la extensión de la de Sarandí hasta llegar al Hotel de las Pirámides.

Era que la hora se aproximaba, y al fin llegó esa hora: una y media de la tarde.

Si el público, como he dicho antes, llegó a obstruir, por su gran número, las veredas y la Plaza Constitución y buena parte de la de Independencia, en cambio, brillaban por su ausencia las familias en los balcones de sus respectivas casas, empezando por las de la Avenida

(1) El artículo de Carlos M. Ramírez, después de una serie de acusaciones al Presidente, terminaba así: *"En los primeros siglos del cristianismo, San Ambrosio, obispo o arzobispo de Milán, cerró la puerta del templo al emperador Teodosio, exigiéndole que antes de penetrar en el recinto sagrado se purificase de la sangre derramada en Tesalónica. Han pasado ya los tiempos de ardiente fe, y los prelados no se yerguen, vencedores, sobre los omnipotentes de la tierra, pero hoy, a la hora del te-deum, cuando el señor Idiarte Borda suba por las gradas de nuestra catedral, se oirá en los espacios la voz ahogada de todo un pueblo que le grita: "antes de ir a posar las rodillas en el almohadón de terciopelo rojo, ve a purificarte de la sangre que ha hecho y hace derramar tu obcecada intransigencia"*.

18 de Julio y concluyendo por la de Sarandí y plazas referidas; excepción sea hecha del Club Uruguay y de alguna otra del trayecto, ocupadas por hombres.

He dicho antes, que había corrido la voz de que el Presidente no concurriría; pero el hecho es que se decidió a concurrir llegando hasta resistirse a instancias reiteradas de su señora y munirse, en el momento crítico de salir precipitadamente, de un sombrero que encontró a la mano, en una mesa, y que no era el suyo, según se dijo entonces, y al fin ya en su carruaje, acompañado de los Ministros de Gobierno y Hacienda y de sus edecanes, partió para la Catedral, a gran escape de los caballos y en medio de un silencio de protesta e indiferencia.

Precedía la escolta presidencial, en medio de aquella atmósfera que no presagiaba nada absolutamente que pudiese halagar a un gobernante en situación tan comprometida y acerba, y ni aun a aquel pueblo que presenciaba su llegada embargado por la duda y por la extrañeza que le producía la realidad de que hasta allí hubiese llegado ejerciendo y ostentando todavía su autoridad.

Este hombre, triste y abatido, inmutado el semblante y con mirada recelosa, descendió de su carruaje envuelto en su abrigo, al frente del pórtico principal, salvando los escalones para ascender al atrio primero y al templo después.

## VIII

### *El Tedeum*

Cuando yo entré a la Catedral por la puerta del costado Sur, el Sacristán principal y uno de sus auxiliares se ocupaban de encender las velas y cirios del altar mayor, y sólo alcancé a ver unos tres o cuatro senadores en sus asientos, doble número de diputados, varios miembros del Cuerpo Diplomático, una cincuentena de empleados superiores de la Administración, ocupando varios asientos de las dos filas a que me he referido en uno de los números anteriores y en local designado a los Ministros del Superior Tribunal de Justicia, a los Ministros Piera, Fein y González, faltando los doctores Alvarez, Vázquez y Salvañach.

La concurrencia en las naves, circunscrita, naturalmente, a su capacidad utilizable, era numerosa; pero tuve ocasión de fijarme de inmediato que la puerta del coro había sido vedada al público; pues en los altos de las naves laterales no se notaba una sola persona, lo que sin duda respondía a una prudente medida en previsión de cualquier atentado, alejando de este modo un peligro para él y para todos

los presentes.

El Presidente llegó hasta el local que se le había destinado y después de depositar su sombrero sobre la mesa que se encontraba delante de la poltrona o sillón que se le había destinado, y aliviado del abrigo que llevaba sobre su traje de etiqueta, tomó asiento; saludando con una leve inclinación de cabeza a varios de los funcionarios que se encontraban a su frente.

Inmediatamente empezó el Tedeum y, durante él, no faltaron quienes observasen que el Presidente estaba pensativo, con la vista baja, levantándola sólo para mirar al Arzobispo Soler, que era el que pontificaba.

Al fin la ceremonia que, se sabe, es breve, tres cuartos de hora después había terminado y el Poder Ejecutivo y su séquito, el Cuerpo Diplomático y empleados de la Nación salieron del templo tomando la calle Sarandí hacia el Este.

Mientras esto sucedía, los Ministros del Tribunal Superior, con el objeto de incorporarse más fácilmente al grupo principal de la comitiva se apresuraron a salir por la puerta lateral de la calle Sarandí, consiguiendo llegar a la esquina del Hotel de las Pirámides momentos después, pero a esta altura notaron con sorpresa que una masa compacta de gente, que se encontraba a la altura de la antigua casa de Maveroff, se dirigió con ímpetu en dirección opuesta a la que llevaba la comitiva, viéndose en aprietos los guardias de la escolta para contener el empuje de aquella masa de gente, y tras esta violenta evolución se produjo otra, aunque en otro sentido, contra miembros del Cuerpo Diplomático y Consular que fueron atropellados y que se dirigían a la embocadura de la calle Ituzaingó con la sorpresa pintada en el rostro y con el objeto de tomar apresuradamente sus carruajes estacionados en todo el frente del referido hotel sobre la calle Ituzaingó.

El Decano del Cuerpo Consular señor Azevedo (padre del actual Ministro del Brasil), conjuntamente con el doctor Matias Alonso Criado, Cónsul General de Chile y Paraguay, no siguieron tampoco el cortejo oficial por Sarandí, temerosos de las bombas que se iban a tirar al Presidente, según rumores. El doctor Alonso Criado siguió por Ituzaingó y Buenos Aires, hasta el Palacio de Gobierno, esperando cerca de media hora hasta que llegó azorado el señor Garrun, Secretario de la Legación de Italia, buscando a su Ministro, señor Antonelli, pues la confusión del atentado dispersó y confundió al cortejo oficial.

Por último, una segunda y más recia embestida de individuos que venían a carrera de Este a Oeste, por la misma vereda de Maveroff, alarmó de tal manera a los doctores Piera, Fein y González, que este

último, presintiendo que pasaba en ese momento algo grave, invitó a sus colegas a entrar en su casa, sita a pocos metros del lugar en que se encontraban; y fue entonces que, por referencia del doctor Julio Bastos, que en esa fecha era Juez de Instrucción, estos últimos vinieron a saber lo ocurrido, y a la vez que la Jefatura se había resistido a darle intervención en el suceso con desconocimiento de su autoridad; insinuándosele, entonces, por los camaristas, que era conveniente que hiciera efectiva su intervención con protesta en caso necesario, volviendo inmediatamente al Cabildo para llenar su cometido; habiéndose reconocido, al fin, su autoridad, por el Jefe de Policía, que lo era don Gregorio Sánchez.

## IX

*A las 2 y 40 p. m.*

En la parada militar de ese día, la artillería de campaña, caballos y atalajes, cañones y soldados, ocuparon la parte Norte de la calle Sarandí entre Cámaras e Ituzaingó lo que facilitó al agresor caminar dos pasos desde el cordón de la acera Sur para consumar su agresión.

El fotógrafo Fitz Patrick, desde lo alto de la azotea del Cabildo, sacó una instantánea del cortejo oficial "medio minuto" antes del asesinato, en cuya fotografía, sea dicho de paso, aparece estampada la hora precisa de las dos y cuarenta que marcaba el reloj de la Matriz.

El Presidente había recibido una herida que le produjo la muerte, un cuarto de hora después, siendo breves las últimas palabras que pronunció, consumado el atentado.

Preguntándole Monseñor Soler en tan solemne momento, si estaba herido, con la mirada, ya agonizante, le contestó afirmativamente, por lo que aquel Prelado formuló esta segunda pregunta:

— ¿Quiere el señor Presidente que le dé la absolución?

— Sí, señor Arzobispo, — contestó el herido con débil voz, aunque perfectamente inteligible todavía (1)

(1) El parte policial, redactado por el Jefe Político y de Policía Gregorio Sánchez, señala: "El hecho ocurrió en la calle Sarandí, enfrente del N° 331 al llegar a la calle Cámaras. [Juan Carlos Gómez]. El criminal estaba apostado en la vereda entre un grupo de personas, y ni él ni los demás ofrecían la menor sospecha. El oficial de la Policía de Investigaciones, señor Russo, el señor Ministro de Gobierno y el que suscribe, se lanzaron sobre el criminal y pudieron detenerlo sin mayor resistencia; pero, desgraciadamente, el crimen se había realizado..."

*El Excmo. señor Arzobispo, que marchaba a su lado en el séquito, dio al señor Presidente*

Y llenado este deber piadoso el herido fue transportado al Departamento de Policía, donde falleció, como lo he expresado antes.

Este hombre desgraciado, a quien la fatalidad de los acontecimientos que se desarrollaron del 94 al 97, más que sus faltas, le acarrió la muerte, no era otro que el hombre de frac negro de la calle de la Brecha, que entonces no presentía el fin que deparaba el destino a su laboriosa gestación presidencial.

[De: "*Resonancias del pasado*" pp. 151-178]

de la República la absolución y escuchó sus últimas palabras que fueron: "Estoy muerto"... (de: "*Juan Idiarte Borda. Su vida, su obra*" / C. y M.E. Idiarte Borda, Buenos Aires, 1939, p. 463)

Arredondo fue condenado a cinco años de penitenciaría (ver "*Anales históricos del Uruguay*" (Tomo V) / Eduardo Acevedo, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1934, pp. 27-28). En agosto de 1902 la pena fue cumplida; según las hijas de Borda, "*uno de los primeros actos de gobierno de Batlle fue nombrarlo para desempeñar un puesto en la Aduana*" (op. cit., p. 470). Falleció el 11 de marzo de 1931.

## CRONICAS ROJAS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 350

PROFESSOR

## CALLE OLIMAR NUMERO 11

*Cómo puede cortarse el hilo de una investigación judicial, por la hábil desaparición de un hombre*

### [El crimen de Raffo]

#### I

#### *La Quinta de Raffo*

Allá por 1871, ya se conocía con esta denominación la hermosa casa que desde antes de esta fecha y hasta hoy mismo, se encuentra ubicada en el Camino Millán, sobre el puente de las Duranas y próximo al también Camino de Castro. (1)

A esta localidad, aflúan los coches particulares de nuestra aristocracia de entonces, formando, sobre todo en las lindas tardes de invierno, un centro de reunión sumamente agradable.

En aquella época no existía el Prado y, no pudiendo reunirse en un lugar aparente y preparado de antemano, se resignaba a reunirse en aquel camino abierto al tráfico público y el cual, con las dos filas de bancos, de madera entonces y de hierro hoy, ofrecían cierta comodidad a una parte de la concurrencia.

Muchas veces durante mi juventud, concurrí a estas interesantes reuniones y, a la gran distancia que hoy disto, por mi avanzada edad, de aquella época feliz y de gratos recuerdos, vienen a mi memoria los nombres de muchas de las familias que hacían acto de presencia con mayor regularidad.

(1) La casa fue proyectada por el Ing. Juan Alberto Capurro (1841-1906); actualmente funciona en ella el Museo Juan Manuel Blanes (Millán No. 4015). *"En el año 1870 Capurro diseña para el Dr. Raffo — en una chacra que éste comprara en 1867 a don Francisco Javier de Viana— una casa quinta que posteriormente pasó a manos de doña Clara García de Zúñiga (1872-1885), y luego a las de don Augusto Morales (1894-1928), quien gustaba pasar allí los meses en compañía de su familia.*

*Recordando a este último propietario es que a la finca también se la conoce con el nombre de Quinta de los Morales.*

*Finalmente, en 1928, fue adquirida por la Intendencia Municipal". ("La obra del ingeniero Juan Alberto Capurro" (I) César L. Loustau, en *El Día*: (Crónicas Culturales), año LV, Montevideo, 6 de marzo de 1988, No. 2824).*

Allí se veía a Doña Valentina Illa de Castellanos, Doña Dolores Vidal de Pereira, Doña Dolores Pereira de Tocón, Don Pablo Duplessis y Pra, Doña Dolores Carvalho de Estrázulas, Doña Carolina Vázquez de Acevedo, Doña Manuela del Villar de Reyes, Doña María García de Requena, Doña Clemencia Esteves de Posadas, Doña Eusebia Zabala de Pasos, Doña Josefa Solsona de Brunel, Doña Juana Solsona de Magariños y muchas otras, que sería largo enumerar.

Los carruajes se alineaban en la extensión de los dos costados del camino, dejando así libre el centro para el tráfico que, más de una vez y tratándose de vehículos, nos cubrían de polvo, aunque, es la verdad y debo decirlo con placer, esto no ocurría cuando a nuestra Junta o Comisión Auxiliar del Paso Molino se le ocurría hacer regar el camino en la localidad que servía de centro de reunión a las familias en los dos días indicados de la semana: Jueves y Domingos.

La Quinta de Raffo y la de Don José Buschental, tenían nombre entonces, y esto se explica bien, pues hoy mismo, que las hay tan hermosas, aquéllas hacen su papel y no desmerecen al tener, como tienen, figuración en las localidades que respectivamente ocupan.

En la primera de esas quintas, vivía su dueño, el Caballero Raffo, acreditado por el Gobierno Italiano en nuestro país como Encargado de Negocios de la Legación y el cual gozaba de general aprecio en nuestra sociedad, con la que había estrechado relación en las fiestas y saraos, de que hacía título y gala.

Con tales hábitos y prendas es, que el señor Raffo vivía feliz en su retiro y, a pesar de la distancia, no sólo era visitado constantemente por sus amigos y miembros del Cuerpo Diplomático y Consular, sino por otras tantas personas de su relación, que llegaron a ser numerosas y además, muchas veces, lo ví en el teatro, siempre contento y bien acompañado. Era hombre de complexión fuerte, de unos sesenta años, más o menos; blanco de color; rubio, entrecano y de aspecto placentero, como si permanentemente estuviese bañándose en agua de rosas.

Sin embargo, aquella bienandanza, no debía durar mucho tiempo, pues una mañana, no sé si en «El Siglo» o en «La Nación» (2) apareció un artículo denigrante para el señor Raffo, y dos más en los siguientes días, que levantaron alrededor de su personalidad, cierta atmósfera y polvareda poco favorable a su buen nombre y reputación.

Tengo recuerdo de que el ofendido replicó una vez... pero, que insistiendo el autor de los escritos, sin ocuparse para nada de las razones con que Raffo arguyó en su favor y defensa, éste concluyó por ofrecer desde ese día oídos de mercader a cuanto dijera en adelante su ofensor.

(2) Diarios de la época. (Nota del autor).

con lo cual consiguió al fin que éste, fatigado de su tarea, pusiese como puso, fin a sus diatribas.

Así quedaron las cosas por el momento, pero el tenaz escritor, despechado por el silencio de Raffo, volvió de nuevo a la brecha, y esto colmó la medida en concepto de Raffo, a quien desde entonces se le notó preocupado; no se le encontraba en su casa con la misma seguridad de costumbre, resultando de aquí comentarios muy perjudiciales para el crédito de que había gozado hasta entonces.

Por otra parte, los comentarios, a propósito de la propaganda del tenaz escritor, no dejaron de prevenir un tanto el ánimo público contra el señor Raffo; las visitas a su casa, ya no eran tan frecuentes, sin que esto debiera atribuirse a escrúpulos que hubiesen surgido por tal motivo, o por lo que he dicho antes, de no encontrársele en su casa a las horas de costumbre, como anteriormente.

## II

### *El Encuentro*

A la hora avanzada de una tarde ligeramente lluviosa, repechaba la calle Uruguay, entre la Avenida Rondeau y Yí, un viejo de alta estatura, barba gris, rostro enjuto, de andar lento y mirar receloso. Llevaba a cuestas un catre viejo y una manta que le hacía juego y, colgante del brazo derecho, un atado mugriento que parecía no pesar menos que el catre.

Dominada la pendiente, su carga le fue más llevadera de allí en adelante, pues a esta altura las calles de Yaguarón y de Ejido hasta la del Olimar se encuentran casi a una misma niveleta y el tráfico por ellas no ofrece ninguna dificultad.

Cuando el viejo llegó a la esquina de la calle Olimar, un hombre que se encontraba en la acera de enfrente, trigueño y de barba poblada, vestido con cierta corrección y con sombrero hongo de color, atravesó apresuradamente y antes de llegar a la esquina que ocupaba el viejo con su carga, exclamó:

— ¡Caramba, compadre! ¿sabe que ha tardado usted en llegar?... hace una hora que le espero y ya iba a retirarme.

— No me ha sido posible venir antes, pero... al fin, aquí estoy y podemos seguir... por aquí... por aquí, a la izquierda... — y ambos, uno por la vereda y el otro paralelamente al cordón del empedrado, tomaron la calle Olimar, hacia el Norte.

A las dos cuadras y al frente de la penúltima casa baja, sobre la izquierda, antes de llegar a la calle Cerro Largo, se detuvieron.

— ¿Es esta la casa? — preguntó el joven.

— Esta es — contestó el viejo — ¿le parece bien situada?

— Muy bien la situación, pero estoy impaciente por conocer la repartición de sus habitaciones... es muy necesario...

El viejo, sin decir más, sacó una llave del bolsillo de su saco, y abrió la puerta; entró su carga y después de él entró el joven y, tras de ambos, cerróse la puerta con estrépito.

.....  
Pasados veinte minutos, salieron los dos visitantes, cerrando la puerta de calle y desapareciendo por la de Cerro Largo.

La carga que conducía el viejo, había quedado en la casa, así como el saco mugriento que completaba aquella.

### III

#### *En el Café de Torino*

Hasta no hace muchos años y desde fecha remota, existió en la calle de Río Negro un café de este nombre.

Estaba situado [...] al costado izquierdo, bajando hacia el Norte, entre las calles Uruguay y Paysandú.

Era centro frecuentado por gente de todo vivir y de malas mañas, que algunas veces iban a parar a la Cárcel Preventiva y Correccional y hasta a la Penitenciaría también.

Como se ve, aquel centro de *sociabilidad*, no era de envidiarse, pero entretanto, era bastante concurrido; se hablaba en voz alta y en voz baja, cuando convenía; se gritaba a voz en cuello; se cantaba con afinación o sin ella; se silbaba a discreción y no se omitían ternos ni un garrotazo o tajo por añadidura, cuando era necesario.

Con este segundo párrafo, queda según me parece, bien completo el programa del tal Café de Torino, de ahora cincuenta años, y el lector al corriente de todo lo bueno que podría surgir de aquel centro de méritos y virtudes...

.....  
La misma noche del encuentro en la esquina de Olimar y Uruguay, a que me he referido en el número anterior, un hombre de capa negra y sombrero gacho se presentó en el Café Torino, siendo las once y cuarto de la noche. La reunión a esa hora era pequeña y sólo aquellos veteranos en el beber, ocupaban algunos pocos asientos, hablando y cantando a intervalos, a causa de encontrarse ebrios.

El hombre de la capa negra echó un vistazo a los tres departamentos que componían el Café, como investigando si estaban o no allí

personas a quienes sin duda esperaba, o que debieron esperarlo, y después, con acento español muy marcado, preguntó a uno de los mozos, si un tal Gaetano no había venido. El mozo contestó que había venido, ausentándose por breves momentos, pero que muy pronto estaría de vuelta.

En efecto, en este preciso momento, aparecieron tres individuos en la puerta del Café y entonces, desembozándose el hombre de la capa, resultó ser el mismo que esa tarde se encontró con el viejo de la calle Olimar y Uruguay.

—Bueno, muchachos, —dijo éste, —todo está pronto y solo falta que tomemos una copa antes que venga el coche. Ustedes saben ya lo que es, en la casa todo está en orden.

Gaetano se apresuró a decir entonces, que ya había tratado el coche y que éste no tardaría en llegar.

Después de estas palabras, los cuatro individuos se dirigieron al centro de la sala principal, sentándose alrededor de una mesa y, después de media hora de conversación sintieron que un carruaje se detuvo a la puerta del café.

El llamado Gaetano, fue el primero que se levantó en actitud de salir, siguiéndolo los demás hasta tomar los cuatro el carruaje que acababa de llegar a la puerta del Café, guiado por un muchacho de unos diez y seis a diez y siete años quien, una vez ocupado el coche, emprendió marcha bajando la calle Río Negro hasta llegar a la de Cerro Largo y en seguida hasta la casa, Olimar número 11. Después de bajar los cuatro hombres y entrar sólo tres en la casa, el cuarto, después de un corto diálogo, subió de nuevo al coche y partió a escape por la misma calle de Cerro Largo.

Transcurrió media hora y durante ella la puerta de la casa número 11 se abrió dos veces, apareciendo en el umbral de la puerta la silueta de uno de los tres hombres, que momentos antes habían entrado en ella, pudiendo suponerse que esperaban a alguno porque (si así no fuese) personas que entran en su casa a las doce de la noche no tienen para qué estar de imaginaria en la puerta.

Así era, en efecto, pues serían las doce y media de la noche, cuando se sintió de nuevo el rodar de un carruaje por la calle Cerro Largo, aparecer en la boca-calle de Olimar y detenerse al fin a la puerta número 11 de la misma.

Esta vez, venían dos personas en el pescante; el joven conductor que ya conoce el lector y otro no menos joven, que se arrojó del pescante apenas el vehículo se detuvo, abriendo la portezuela del carruaje.

Bajaron dos hombres y con evidente apresuramiento entraron en la

casa, cuya puerta de calle se cerró como por resorte en el mismo momento.

El carruaje se adelantó de la entrada en dirección al Sud, después de subir el joven que abrió la portezuela, y se detuvo a veinte pasos de la puerta.

El cochero no apartaba los ojos de la casa, cuando, en el momento de oír un golpe sordo que había resonado en el silencio de la noche, vio aparecer a un hombre en la puerta, llamando al joven que le acompañaba en el pescante.

Con un latigazo formidable a los caballos, partió a la carrera en dirección al centro de la ciudad, escapando al llamado que se le había hecho, en una actitud como la que podía emplear el que tratase de huir de un gran peligro.

El hombre que había llamado, se precipitó a la carrera tras el carruaje que huía, pero no tardó en desistir de su empresa, pues bien pronto se encontró a grande distancia de su presa.

El carruaje seguía su carrera vertiginosa y el perseguidor regresaba a la casa misteriosa, en momentos que tres de los cinco hombres que habían entrado momentos antes, se precipitaban en grupo a la calle, desapareciendo con el que acababa de llegar.

#### IV

#### *El Crimen*

Era el 19 de Abril de 1871 y nadie se acordaba ya del incidente, que tanto había influido en el ánimo de la colonia italiana, a propósito de las publicaciones sobre Raffo, cuando en la mañana corrió la voz de que en la noche anterior, se había perpetrado un crimen atroz en la persona de un Médico de nacionalidad italiana, y que la autoridad policial se ocupaba desde ese momento en la averiguación de ciertos antecedentes relacionados con el crimen, y que era probable que hallasen a sus autores.

Toda esa mañana pasó en conjeturas y supuestos inconsistentes, que no daban luz bastante sobre el hecho, pero después de medio día empezaron a circular boletines que anunciaban la captura de cuatro individuos de los cinco complicados en el asesinato del Médico Félix Angeli con el agregado de que, con excepción de uno de ellos, los tres restantes resultaban confesos desde el momento de su prisión.

Se agregaba que el autor principal, hasta ese momento, no había sido aprehendido por no encontrársele como a los primeros, en su domicilio, ni en ninguno de los parajes que acostumbraba a visitar du-

rante el día.

Los prevenidos se llamaban Insua (a) Corbalán, argentino; Gaetano (a) Rocha y Neto (a) el Chivo, orientales, confesos del delito. José Barbata, italiano, y Agustín Veirano, uruguayo, de poco más de diez y siete años de edad, quienes negaron toda participación en él.

Unos y otros, fueron aprehendidos en sus respectivos domicilios, en donde se encontraban lo más tranquilos y sueltos de cuerpo, a excepción del muchacho Veirano, que fue detenido en la plaza Independencia por el Jefe de Policía, entonces Don José Cándido Bustamante, por reconocimiento que hizo de su persona el ayudante o amanuense del médico, José Ruibal. Este acompañaba esa noche a su patrón, y por esto reconoció fácilmente en Veirano al cochero que los había conducido al lugar del crimen.

El citado Ruibal pudo prestar aquel servicio a la Justicia porque, como he dicho, esa vez, como siempre que su patrón era requerido por algún enfermo a hora avanzada de la noche, él fue su acompañante.

Había dado seguridad al Jefe, señor Bustamante, que tan luego como viese al cochero lo reconocería, y fue así, después de una corta corrida por frente de los coches estacionados en la plaza.

Veirano se limitó a protestar en sentido de que cuando fue invitado para ir a buscar al médico fue para robar, pero no para asesinarlo.

Reducido a prisión Veirano, al momento denunció a los criminales que he designado antes y a una sexta persona, en calidad de autor principal.

Era éste el que se había entendido personalmente con José Barbata y quien, según él, había convenido con el C. [onsul] Italiano la muerte del Doctor Felice Angeli, inculpación que nunca llegó a justificarse en la causa, aunque no faltaban fuertes presunciones que le comprometían.

## V

### *El Proceso*

La policía empleó pocos días en sus gestiones con motivo de este hecho criminal, que tanta repercusión tuvo en la capital e interior del país.

A la odiosidad del hecho, se agregaban varias circunstancias que le daban mayor importancia y resonancia, siendo la de mayor significación el sonar desde el primer momento como sindicado en el grave acontecimiento, con razón o sin ella, el nombre de un Agente Diplomático, que gozaba de estimación general y de prestigio hasta entonces entre

la colonia italiana y en nuestra propia sociedad.

En medio de los comentarios a que dio lugar el suceso en las primeras semanas, el sumario policial pasó al Juzgado del Crimen de la 1a. Sección, para la continuación y ampliación del sumario sin perjuicio de las demás gestiones propias del plenario, llegada su oportunidad, pues es sabido que en aquella fecha no existían los Juzgados de Instrucción.

Al Doctor Joaquín Requena y García y al Doctor X, ambos defensores de oficio en lo Criminal ese año, se les encomendó la defensa de los prevenidos: al Doctor Requena y García, la defensa del anciano Dotta (a) Barbeta y la del joven Veirano y al Doctor X la de los tres actores principales, confesos desde que fueron capturados y convictos después, llamados: Insua (a) Corbalán, Gaetano (a) Noriega y Neto (a) el Chivo.

El principal autor no pudo ser hallado, según se ha dicho, y la causa siguió hasta su definitiva terminación, sin conseguirlo.

Esta circunstancia, como es fácil comprender, dificultó considerablemente la marcha del proceso y la averiguación de las inculpaciones que se hacían a Raffo, a propósito del asesinato del Médico, como se verá en el curso de la sección siguiente, en que me ocuparé de los descargos y defensas formuladas por los prevenidos en conferencias tenidas con sus respectivos defensores.

Entretanto, corrían distintas versiones sobre la desaparición de José Obaraldo, que así se llamaba el individuo que los había contratado, según los procesados, de nacionalidad española y a quien se vio por última vez en la madrugada del día siguiente al del asesinato, en compañía de Barbeta, según declaración del almacenero de la calle Tacuarembó y 18 de Julio, y del mozo de la Farmacia que existía entonces y hoy mismo en esta última calle, frente a la Capilla del Cordón.

## VI

### *En la cárcel*

Días después de haber aceptado el cargo los defensores, estos concurrieron a la cárcel pública, en el piso bajo del Cabildo, con el objeto de conferenciar con los prevenidos.

Estos fueron conducidos desde sus respectivos alojamientos a un espacioso aunque lóbrego y húmedo calabozo, situado bajo la bóveda de la espaciosa escalera, que entonces, como hoy mismo, conduce al piso alto del edificio.

Conducidos por el Alcaide, los abogados defensores, hasta la pequeña puerta que daba entrada al calabozo, salvaron el umbral, dando algunos pasos hacia el centro de aquél.

Aunque acostumbrados a estas andanzas, los abogados no pudieron menos de impresionarse del silencio de aquella mazmorra, oscura y húmeda y con la presencia de aquellas cuatro figuras patibularias y aquel muchacho extraviado. Guardaban absoluto silencio, sin hacer el más mínimo movimiento, con la vista baja y la cerviz inclinada hacia el suelo.

A la derecha, estaban, enfilados contra el muro negruzco y sucio del calabozo, Insua, Gaetano y Neto, y a la izquierda, el viejo Dotta y el muchacho Veirano.

Parecían a su vez impresionados, dominados y avergonzados por la presencia de sus propios defensores.

A las primeras palabras de estos, pareció que reaccionaban y se atrevieron a mirarlos.

Los defendidos del Doctor X, se ratificaron en sus primeras declaraciones, confesando su participación en la perpetración del delito en compañía de José Obaraldo, que fue quien los contrató para consumarlo, mediante cuatro mil pesos, que según Dotta (a) Barbeta, le había ofrecido el Cónsul Italiano, habiendo sido el expresado Barbeta quien llevó el catre y candelero a la calle Olimar, destinados, uno y otro, para el simulacro desde el cuarto que debía ocupar Neto, en calidad de su puesto enfermo.

En cuanto a Barbeta, negó todo lo afirmado por los expresados Neto, Gaetano y Corbalán, y de esta actitud nadie lo redujo, durante todo el proceso.

Como se comprende, refiriéndose los actores principales en el homicidio a Obaraldo, única persona que se había entendido con ellos, no existía medio posible para responsabilizar a quien inculpaban Insua, Neto y Gaetano, pues se referían a dicho o confidencia de Obaraldo y no de Barbeta, quien negaba la inculpación, según he dicho, y así quedaron las cosas hasta sentenciada la causa en última instancia.

Entretanto, el Fiscal del Crimen había pedido la pena de muerte para los defendidos por el Doctor X; la de diez años, que era la inmediata según las leyes españolas, para el viejo Barbeta y la de tres años de prisión para Veirano.

Sin embargo, el jurado se desatendió de esta diferencia y en el veredicto comprendió a Barbeta en la clasificación de autor del delito, equiparándolo a los demás, y fue condenado a la última pena.

Y aquí empiezan una serie de hechos, que contribuyeron a robust-

tecer las desconfianzas y murmuraciones a que dio lugar la actitud del Cónsul Italiano en esta célebre causa.

## VII

### *En la Capilla*

Como he dicho antes, la causa fue fallada en última instancia, haciéndose los preparativos para su ejecución, una vez devuelta por el P.E. a quien había sido remitida unos días antes.

En el designado, los reos fueron puestos en capilla y el Doctor X, como uno de los defensores, tuvo ocasión de verle varias veces al lado de sus defendidos, en el curso de las 48 horas que permanecieron en ella.

Al mismo tiempo, tuvo ocasión de notar, que un individuo, al parecer italiano de nacionalidad, elevada estatura, pálido, de cabello rubio escaso, de actitud recelosa y mirada investigadora, se dirigió una vez al penado Barbeta, con quien habló por breves momentos, retirándose después de cinco minutos, sonriendo, y sacando su reloj y observando después la hora para concluir por retirarse.

Preguntando el Doctor X, quién era aquel individuo, se le dijo que de relación del condenado y que era ya la tercera visita que le hacía.

No volvió a verle, aunque supo que en la noche del primer día de Capilla y en la de ese día, que fue cuando le vio, había estado varias veces y con permanencia más larga, hablándole a Barbeta con bastante animación, aunque en voz baja y en un rincón de la Capilla, formado por un testero del altar y el muro izquierdo o fondo de la habitación.

Se le dijo, además, por las personas que visitaban a los reos, que Barbeta oía con suma atención las palabras del desconocido, a quien aquél estrechaba las manos con efusión, lo que para muchos no ofrecía extrañeza, pues el condenado decía que era un viejo amigo suyo y de su familia, que se interesaba por él.

Esta especie, sin embargo, no llegaba a satisfacer la curiosidad de todos los concurrentes, empeñados más bien en encontrar ciertas afinidades por razón de nacionalidad y rumores circulantes, entre aquel individuo, Barbeta y el Cónsul Raffo, aunque sin explicarse a satisfacción aquella extrema oficiosidad en la presencia frecuente del visitante.

Con estos antecedentes, de que carecía cuando vio por primera vez al desconocido, habría deseado verle y observarle por segunda vez, por si tal conducta de su parte hubiese podido sugerirle, en esa ocasión, lo que no le sugirió en aquella, pero, ya dejó dicho que no tuvo

la suerte de encontrarse con él sino una vez.

Sin embargo, el día de la ejecución, siendo más o menos las cinco y media de la mañana, el real o supuesto amigo del condenado, se presentó por última vez en la Capilla, sosteniendo un breve cambio de palabras con aquél, retratándose en el semblante del pobre viejo, una expresión de esperanza y alegría, que no podía traducirse en otro sentido.

Tan pronto como salió el desconocido, Barbeta, rebotando de satisfacción, dijo: que tenía esperanzas de salvarse en último momento, fundado en que ninguna prueba pesaba sobre él y en que el Fiscal no había pedido sino diez años de prisión.

Esta confianza hecha a sus cómplices cundió con rapidez, pero nadie le atribuyó importancia y, por el contrario, sirvió de base para suponer que aquel oficioso desconocido le daba vanas esperanzas a Barbeta induciéndole, más bien, a que se mantuviese en sus negativas, luego que, el único que podía comprometerlo, y aun comprometer a Raffo, era José Obaraldo, y sabido es que ese testigo acusador había desaparecido desde el momento del homicidio.

Y sobre este tema, siguieron los comentarios en la mañana de la ejecución y el mismo desgraciado Barbeta, en su ofuscación y seducido por la grata esperanza de salvarse, contaba a todos las seguridades que se le habían dado, pero sin demostrar las garantías que ellas le ofrecían.

## VIII

### *La ejecución y comentarios póstumos*

Entretanto, la hora de la ejecución llegó y, con ella, la de la expiación de Barbeta a la par de la de sus cómplices, quedando sumida en el misterio para siempre, la responsabilidad que podía haber a Raffo en el asesinato de la calle Olimar.

.....

.....

Habían pasado veinte y tantos días de aquella ejecución en la Plaza Treinta y Tres y todavía duraban los comentarios arriesgados a que la muerte del médico Felice Angeli, había dado lugar.

El señor De Siani, redactor a la sazón del Diario «La Italia», había traducido al italiano la defensa del Doctor X que, sin formular en ella cargo alguno concreto con referencia al señor Raffo (pues ni podía ni se encontraba en el deber ni en la necesidad de hacerlo, sin una base, que el proceso no ofrecía), rozaba sin embargo la reputación de aquel

Agente Consular con sólo referirse a las declaraciones de los reos, y esto era inevitable para la defensa.

Esta era puramente filosófica, pues los reos estaban convictos y confesos, pero con toda esta circunstancia en nada contribuía a mejorar la condición del Cónsul Raffo, de encontrarse expuesto a los más comprometedores comentarios.

Pero no fue esto solo, sino que a tales comentarios se agregaron otros, acerca de la desaparición del autor principal del asesinato, José Obaraldo, suponiéndole asesinado por Lorenzo Dotta (a) Barbeta en la madrugada del día de su consumación, cuando pasó por la puerta de la Farmacia, ubicada en la calle 18 de Julio, frente a la capilla del Cordón.

Se les había visto pasar por la calle 18 de Julio y doblar por la de Tacuarembó, hacia el Sud, para regresar tres cuartos de hora después, el italiano Barbeta solo y con un poncho a la espalda por frente a la misma Botica o Farmacia, a que me he referido.

Y se atribuía este hecho a una medida de precaución, luego que la vida de Barbeta quedaba, desde entonces, dependiendo de la voluntad de Obaraldo, y la opción preferente a la mayor parte de los 6000 pesos, precio del asesinato según lo afirmado por el mismo Barbeta, a estar a las declaraciones de Insua, Gaetano y Neto.

.....  
La situación de Raffo durante el proceso y después de terminado éste, se hizo insoportable. A falta de prueba legal, la sociedad juzgaba por meras presunciones, más o menos vehementes, y semejante situación cada día ofrecía fases distintas para dar en tierra con la reputación del que era objeto de tales murmuraciones.

El señor Raffo se aisló por completo; nadie lo veía, ni hacía diligencia para verlo, y con pruebas o sin ellas, la verdad es que tal estado de cosas llegó a hacerse insostenible, no tardando en empezar a hablarse de que aquel señor se ausentaría muy pronto del país.

Para ésto, De Siani, había remitido a Europa una copia de la Defensa del Doctor X, traducida al italiano, según he dicho anteriormente, no tardando en correr rumores en Montevideo de que en Italia, la publicación de aquella defensa había provocado juicios desfavorables al crédito y reputación del Cónsul Raffo.

No se limitaron a lo expuesto hasta entonces, los comentarios de que he hecho mención, sino que, con motivo del supuesto asesinato de Obaraldo por su cómplice Barbeta, empezó a circular la especie de que no había tenido lugar tal asesinato.

Se agregó que Obaraldo se encontraba ya lejos del país por haberse embarcado en un buque mercante que había salido para Génova, un mes antes, después de haber permanecido oculto en los sótanos

de cierto edificio, de donde salió una noche para embarcarse disfrazado de marinero, llegando a designarse por su nombre al barbero que le había afeitado para mayor seguridad.

Todas estas versiones, con la repetición fueron perdiendo su valor y su interés, hasta caer en la indiferencia y en el olvido.

Por último, la despedida que le hizo la sociedad de Montevideo fue fría y no lo fue menos la de Raffo, que no podía hacer frente con serenidad a la atmósfera que se le había formado a su alrededor.

A esta situación intolerable para una persona de su carácter, se agregó la circunstancia de que no había un día en que no recibiese uno o más anónimos alusivos al acontecimiento que ocupaba constantemente la atención pública, concluyendo por insultos y amenazas.

El hombre, sospechado, no era ya el mismo que cuando se instaló en el Camino Millán, hacía cincuenta y tantos años, y se atraía las miradas y simpatías de la sociedad de este país, halagada por las fiestas y saraos con que aquel caballero galante, sin familia y casi un extraño, había sabido seducirla, proporcionándole gratas y frecuentes horas de solaz en los elegantes salones de su comfortable mansión veraniega...

[De: "*Sexteto Clásico*", pp. 75-101].

## EL BARON

*Cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes y cómo la reincidencia en una falta, puede preparar una sanción completa.*

[El asesinato de Gervasio Herrera]

## I

*Don Gervasio Herrera*

Una tarde, conversaban tranquilamente el señor I. Parpal, propietario de una platería de la calle 18 de Julio, hoy Avenida, y un amigo de la vecindad, señor Manuel Salgado, cuando vieron venir en dirección a ellos al viejo y común conocido, don Gervasio Herrera.

Este señor, miembro del comercio al menudeo en esta ciudad, tenía establecido su negocio en la esquina Noroeste, formada por las calles de Colonia y Río Negro, enfrentando, una de sus puertas principales, al solar ocupado hoy por la "Cochería Metropolitana", que hasta hace poco perteneció bajo otra denominación a los apreciables caballeros don Manuel Suárez y don Federico Donnelly, ya finado este último.

Don Gervasio, pues así sencillamente se le llamaba y trataba entre sus relaciones, venía a paso largo y al parecer algo preocupado, encargándose él mismo de confirmar esta suposición al cambiar las primeras palabras con sus amigos, pues, según les dijo, tenía que llegar a casa lo más pronto posible.

—¿Pues qué ocurre? — le preguntó el señor Parpal.

—Nada de mayor importancia, — contestó— pero tengo que madurar mañana y tomar la diligencia de Pando, y para esto, es preciso que hoy coma una hora antes de la de costumbre.

—¡Pero hombre! — observó Salgado, — ¿qué tiene que ver la hora a que usted coma hoy con la diligencia de Pando, o con cualquiera otra que deba tomar mañana?

—Es que quiero comer una hora *antes* para dormir una hora *más*, precisamente el tiempo que pierdo en el madrugón. ¿No le parece a usted, señor Salgado, que soy previsor?...

Este no pudo menos de reconocerlo, y después de invitado don Gervasio a pasar a la tienda con el objeto de fumar siquiera un ciga-

rro en amable compañía, invitación que no aceptó, inclinóse ligeramente, y con un apretón de manos y un "hasta mañana", se despidió continuando por la Avenida 18 hasta llegar a la calle Río Negro, en la que, como he dicho, tenía establecido su modesto negocio.

Me parece, aunque no me atreva a afirmarlo, que el señor Herrera, en la fecha a que me refiero, no tenía más familia que un hijo que conocí y traté muchos años después, y así se explica que comiera y durmiera en su modesta casa de negocio, que poco o ningún confort le ofrecía.

Herrera era un hombre apreciableísimo y bastante culto, como lo fue su hijo, a quien, he dicho antes, conocí y traté en épocas posteriores, siendo durante muchos años Notificador del Juzgado Letrado de lo Civil de 3er. Turno, hasta hace dos o tres en que falleció, relativamente joven todavía.

Padre e hijo, gozaron de sumo crédito por la corrección de sus procederés en la respectiva actuación que cada uno tuvo que jugar en el cumplimiento de sus deberes, así como de grandes simpatías por sus inapreciables condiciones de carácter.

## II

### *El homicidio*

Al siguiente día, poco más o menos a las 7 y media a. m., me dirigía yo a una de las barracas del Norte, cuando al llegar a la calle Colonia y después de recorrer la distancia que va de una esquina a otra, un hombre a paso acelerado, aunque con dificultad visible, llamóme por mi nombre repetidas veces. Al mismo tiempo accionaba de manera tan rara y expresiva, que no pude menos de detener el paso; después acorté la distancia, aproximándome a él hasta reconocerle.

Era don Policarpo... el conocido don Policarpo, propietario de una tienda de la calle 25, contigua a la zapatería de don José Ma. Perelló; era aquel cándido y feliz mortal que, cuando las señoras que frecuentaban su negocio, le preguntaban si tenía terciopelo, él contestaba que no, pero que en cambio tenía pana, como afirmaba tener medias cortas, cuando se le pedían medias largas.

¡Pobre don Policarpo! Nunca vi un hombre más atribulado; lloraba como un niño y en medio de su emoción, de sus sollozos y de algunas frases incoherentes e ininteligibles, apenas pude comprender que se trataba de un amigo... ¡Desgraciado!... exclamaba, ¡infames!, ¡quién lo diría!... Y callaba de pronto para entregarse a nuevas lamentaciones momentos después.

Tuve que hacer un esfuerzo para dominar mi impaciencia, por más que comprendí que algo muy grave le ocurría al pobre hombre; pero al fin éste, observando sin duda mi seriedad y mi silencio, tan expresivo en la ocasión, como habrían podido serlo mis palabras, se serenó de pronto, enjugó sus lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

— Señor Peralta, sabrá usted que mi querido amigo, indudablemente suyo también, don Gervasio Herrera, ha sido asesinado alevosamente.

— ¡Cómo! — exclamé hondamente impresionado — ¿cuándo?... ¿en dónde?...

— Anoche... en su almacén... ¡Pobre amigo!

— ¡En su almacén!... ¿Y los asesinos?...

— Hasta este momento no se ha dado con ellos, ni siquiera indicios han dejado... que pueda utilizar la justicia.

— Pero, ¿no hay sospechas, más o menos fundadas, de quién pueda ser el autor, y cuál el móvil del homicidio?

— Sobre lo primero, ya he dicho, que no hay nada concreto, pero en cuanto al móvil, no ha sido otro que el robo... Allí, en el almacén, — y don Policarpo dirigió su vista y su mano derecha a la esquina Río Negro, — está el Juez del Crimen, su Actuario y un grupo de personas de relación del finado y excelente amigo.

Después de esto, y cediendo a la impaciencia que me dominaba, me despedí de don Policarpo, quien siguió por la calle Colonia hacia el centro, agobiado de espaldas y arqueado de hombros, con sus piernas en movimiento desigual y descriptivo de innumerables X X X, que complementaban la ingrata silueta de un hombre al agua.

Al fin, yo, con paso precipitado, me dirigí al lugar del suceso, haciendo mis conjeturas sobre las circunstancias que hubiesen podido concurrir en la consumación de crimen tan lamentable.

### III

#### *Vagos datos sobre los presuntos asesinos*

En 186..., la manzana que ocupa actualmente el Politeama, y las subsiguientes, ubicadas en dirección a la Aguada y Cordón, como se decía entonces y hoy mismo se dice, eran terrenos baldíos en su mayor parte, cercados algunos y otros convertidos en depósito de escombros y basura; verdaderos suburbios de la ciudad nueva por esos vientos, con uno y otro casucho de trecho en trecho.

Aparte de barrancos y zanjas que dificultaban el tránsito y ofrecían serios peligros para el transeunte durante la noche, no había

alumbrado, ni que alumbrar a derechas, y muchos ejemplos se tuvieron de viviendas asaltadas, y más que de viviendas, de transeúntes que al cruzar por semejantes despeñaderos fueron despojados de sus prendas.

En una palabra, la localidad tenía el aspecto de una región desmantelada y de apariencia lamentable que nada bueno decía en favor y elogio de la Municipalidad, que como todas las municipalidades, hacía oídos de mercader cuando le convenía.

De lo expuesto resulta, pues, que el almacén del desgraciado Herrera, contaba con muy pocas garantías y ya se supondrá, no sólo por lo que ocurría entonces, sino por lo que generalmente ocurre hoy mismo, que la vigilancia de la Policía, en aquella localidad, no había de distinguirse por la exactitud y eficacia de sus servicios.

Encontrándome yo a poca distancia del lugar en que ocurrió el lamentable suceso, muy pronto estuve al frente del almacén y con muchas personas de relación, en medio de quinientas más, que, ávidas de noticias, habían ocurrido de los alrededores, y de las otras muchas, que seguían llegando con la ansiedad pintada en el rostro.

Desgraciadamente, cuanto me dijo don Policarpo, resultó en todas sus partes confirmado: don Gervasio Herrera había sido asesinado durante dormía, y esto en las primeras horas de la noche, encontrándosele detrás del mostrador con la cabeza separada del cuerpo; los cajones donde se depositaba el dinero del diario, vacíos... y por último, sin tenerse dato alguno sobre quién o quiénes podían ser los asesinos.

Sin embargo, en los días posteriores, algo se adelantó sobre un individuo sospechoso, que merodeaba por los alrededores en la tarde del día en que se consumó el crimen: unos niños de la vecindad habían visto a ese individuo, de pequeña estatura, moreno, de escaso bigote, vistiendo un traje gris y chambergo negro. Estos niños, que jugaban al trompo en una pequeña plazoleta del frente, en donde hoy existe una canastería, decían que un poco antes de entrarse el sol, aquel desconocido se acercó y les preguntó quién de ellos jugaba mejor al trompo, y como le contestasen que era un vasquito de la calle Ibicuí, Pedro Errandonea, que en ese momento preparaba su jugada, se esperó a que la hiciera... retirándose después sin decir palabra, hasta ocupar la esquina en que se halla actualmente ubicada la "Cochería Metropolitana".

Fuera de estos datos, nada más pudo adelantarse en el proceso, así es que, después de tres meses de inútiles gestiones, quedó paralizado y hasta olvidado.

## IV

*Estadística de la criminalidad hace medio siglo*

Había transcurrido alrededor de año y medio, y ningún crimen atroz, como aquel de que fue víctima el apreciable comerciante Herrera, había ocurrido en la Capital, ni en ninguno de los Departamentos del interior.

En efecto, las circunstancias agravantes que mediaron en la perpetración de ese homicidio eran tales, que al menos por aquel tiempo, no se reprodujeron felizmente en ningún otro caso, pues los que con relativa frecuencia se cometían, eran en pelea, en lucha leal muchas veces, sin perjuicio, por supuesto, de aquello de *madrugarse*, rindiendo culto así al principio de que, "aquel que da primero, da dos veces".

La criminalidad en aquella época no ofrecía la estadística alarmante que hoy ofrece.

[...]

## V

*Un nuevo homicidio y captura de sus autores*

Muchos de mis lectores han de recordar la fábrica de calzado que existía hace unos treinta y tantos años en la calle 25 de Mayo esquina Juncal.

Esa casa de negocio pertenecía a dos hermanos de apellido Arriague, los que, a la vez, tenían una casa sucursal en el Departamento del Durazno, a cargo de otros dos hermanos menores, a quienes habían habilitado.

Estos cuatro hermanos eran vascos franceses, hacía muchos años que residían en el país, y estaban muy bien conceptuados en el comercio de esta plaza.

A dos de ellos los conocí y traté con motivo de un pleito que les promovieron, sirviéndoles de copista cuando tenían que presentar algún escrito.

Cuando pasaba por la calle 25 de Mayo, hacía escala en el establecimiento para hablar con el joven Arriague, y también con sus hermanos, muy especialmente con el mayor de ellos, muy bromista y ocurrente.

Este y su hermano Bautista, eran los capitalistas a cargo de la casa principal, y los otros dos, en calidad de habilitados y protegidos

de aquéllos, regenteaban la casa-sucursal en campaña, obteniendo grandes utilidades.

Una mañana que leía yo "La Nación", diario redactado en aquella época por don Ramón de Santiago, después de terminar el editorial, pasé a la sección de noticias, en la segunda página, encontrándome con la siguiente, consignada en caracteres marcados por el tamaño y por el color negro subido de la tinta empleada: "Asesinato de los hermanos Arriague en el Departamento de Durazno; saqueo de la casa de negocio en Cuadra, y captura de I. Amaro y alférez Ceferino Pérez (a) "el Barón".

Inmediatamente ordené a mi sirviente, que se dirigiese a la casa de la calle Juncal y 25, con el objeto de adquirir noticias, mientras yo me vestía a toda prisa. Media hora después regresaba diciéndome que al llegar al lugar indicado, se encontró frente al establecimiento de los Arriague; que sus puertas estaban cerradas y que un vecino, observando que alguien se disponía a golpear en la trastienda, le advirtió que era inútil, pues los propietarios habían despachado a los operarios a primera hora, saliendo urgentemente para el Durazno, de donde habían recibido anoche la fatal noticia del asesinato de sus dos hermanos en la sección de Cuadra.

Después de esto, agregé el sirviente indicándome el diario que tenía en mis manos:

— Ese diario debe decir algo.

— Sí, sí, — contesté — ya he visto... ya he leído lo que dice; puedes retirarte y espera mis órdenes.

## VI

### *Sentencias condenatorias*

La noticia de este crimen repercutió en todo el país por las circunstancias agravantes que lo rodearon y la condición de las víctimas con especialidad, en el seno de la colonia francesa, observándose desde el primer día, que el ministro respectivo, acreditado en el país, desplegó una actividad inusitada acerca de los Jueces y del mismo Poder Ejecutivo, pidiendo justicia con el severo castigo de los criminales.

Estos llegaron a la Capital unos quince días más tarde, y llegaron después de *convictos* y *confesos* ante las autoridades departamentales, ratificándose en sus declaraciones ante el Juez del Crimen de la 2ª Sección.

Como es sabido, en aquella época remota, 186..., no existían los Jueces de Instrucción, siendo de la jurisdicción de los del Crimen,

no sólo el juicio plenario en todos sus trámites, sino también la instrucción de los sumarios.

El que se inició con motivo de este crimen, no fué laborioso, pues, como dejo dicho, los prevenidos resultaron convictos y confesos, bien que Amaro alegaba no haber tenido participación en el hecho, sino que habiendo podido influir para impedirlo, no lo hizo.

Sin embargo, con salvedad y todo, y a pesar de que Amaro gozaba de excelente opinión y de grandes simpatías, fue condenado a muerte, lo mismo que lo fue Ceferino Pérez (a) "el Barón".

Durante la segunda instancia ante el Tribunal de Apelaciones, la causa sufrió retardos que tomaron más del doble del tiempo que se empleó en la primera, y esto dio mérito a que el ministro francés se excediese en sus impaciencias, pretendiendo ejercer cierta presión en el ánimo del Gobierno, a quien se atribuyó el deseo de que se salvase a Amaro, teniendo en consideración la circunstancia de no haber sido actor en el asesinato y a sus largos y buenos servicios prestados en distintos cargos que había ejercido.

Para ello se alegaba, por el defensor, la necesidad de establecer el grado de responsabilidad entre Amaro y "el Barón", ejecutor este último del hecho delictuoso, cuando Amaro sólo jugó un rol relativamente pasivo.

No es mi objeto detenerme a tratar este punto; me limitaré, pues, a decir que la sentencia de primera instancia fue confirmada, constituyéndose en capilla a los reos, luego que el Poder Ejecutivo puso el cúmplase a la ejecución ordenada por los Tribunales.

## VII

### *La ejecución*

La plaza Treinta y Tres, que siempre y hasta hoy mismo se ha conocido y conoce por de "Artola", era el año de 1867 llamada también por el nombre de plaza de "Carretas", por ser el lugar elegido por los conductores de éstas con cueros, cerda, lana, maderas, alfalfa seca y otros artículos de barraca.

A principios de 1869, se convirtió en plaza de paseo con la colocación de plantas, de una baranda de hierro en sus cuatro costados y de una fuente en el centro, debido esto a la iniciativa de los doctores Requena y García y González y don Eulogio de los Reyes, vecinos y propietarios de aquella localidad.

Encabezando una suscripción, pudieron reunir con su concurso y el de don Carlos Navia, señor Yéregui, don Bernardo Aguerre,

señores Carrao y Ferrés y otros, una fuerte suma que pudo cubrir en su totalidad el presupuesto de los gastos que aquella mejora importaba.

Desde entonces, pues, la plaza de Artola, o sea de Carretas, se transformó en una de tantas plazas públicas de esta ciudad.

.....

El día de la ejecución de Amaro y "el Barón", amaneció nublado y lluvioso; a las 7 a. m., un batallón de línea, bajo las órdenes del comandante don Lorenzo Pérez, procedente del Cuartel de Dragones, se dirigió a la plaza de que acabo de ocuparme, designada de antemano para aquel acto, y si mal no recuerdo, concurrió también a formar el cuadro otro cuerpo de la guarnición de la Capital.

El cuadro lo mandaba el entonces coronel don Andrés Gómez, montando un caballo zaino, brioso e inquieto, enjaezado con ricas prendas.

En aquellos tiempos, y como el lector tendrá ocasión de verlo, a estos actos se les daba la importancia debida; los jefes y los cuerpos que comandaban vestían de gala y el cuadro era formado por dos batallones, cuando menos, aparte de otras formalidades, que más tarde cayeron en desuso.

Hacia ya media hora que habían llegado los dos cuerpos de línea, y que se habían materialmente obstruido las cuatro calles laterales de la plaza por inmensa concurrencia, cuando se sintió por la Avenida de 18, a la altura de la calle Tacuarembó, un tropel de caballos, observándose a la vez, que en aquella dirección se dirigían todas las miradas de los millares de individuos que ocupaban la calle lateral del sur y las azoteas del mismo lado.

Acababan de dar las ocho, y no podía tratarse sino de la llegada de los reos, pues se sabía de antemano, que media hora antes, más o menos, debían salir del Cabildo, que era entonces la cárcel pública.

Efectivamente, minutos después de esa hora, se presentaron frente al cuadro, y siempre sobre la Avenida 18, varios carruajes conduciendo a los reos, precedidos de un piquete de caballería y acompañados del Actuario del Juzgado del Crimen, defensores y dos sacerdotes, viniendo descubierto aquél que conducía a los últimos y a los reos.

Estos y sus acompañantes, descendieron de los carruajes y entrados en el cuadro que formaban las tropas, no tardó en leerse la sentencia a los condenados, que la oyeron de rodillas, haciéndoseles ocupar momentos después los dos banquillos que se habían colocado sobre el muro Este de la plaza, a cinco metros de la Avenida 18 de Julio.

Ordenado entonces el pregón por el jefe del cuadro, formalidad que hasta entonces no había dejado de observarse en estos casos, el comandante Pérez, paseándose con lentitud, a caballo, con la espada desnuda, y con pausada y solemne entonación, gritó por tres veces: —¡Por Dios y por la Patria, penan la vida los reos!... —agregando medio minuto después— ¡pena la vida el que pida por los reos!... —siguiendo a este fúnebre pregón, un silencio profundo y prolongado.

Los tiradores se encontraban a cuatro pasos de los reos y estos últimos con los ojos vendados y asistidos por los sacerdotes que les prestaban los auxilios de la religión.

No faltaba sino una voz de mando, una voz suprema, para poner término a aquel cuadro doloroso, cuando el sacerdote de la izquierda que asistía al "Barón", elevó el brazo derecho, en demostración de algo, que llamó la atención del grupo que le rodeaba y del público también.

El sacerdote que lo asistía se inclinó sobre el reo con repetición, y después, incorporándose por última vez y apartándose a un costado de los tiradores, lo bendijo, cambiando algunas palabras con el jefe del cuadro, coronel Gómez.

Pasaron todavía algunos minutos, que en aquella situación excepcional para los reos y para los mismos espectadores fueron de profunda ansiedad, pero al fin, sonó el clarín en medio de un profundo silencio y el comandante Pérez, repitió el principio del pregón: *¡Por Dios y por la Patria penan la vida los reos!*... sonando en este momento la descarga, que puso fin a la agonía de aquellos dos infelices, y dio origen a la vez a un imprevisto accidente, que felizmente no tuvo consecuencias.

El brioso caballo del jefe del cuadro se encabritó, parándose de manos y dando un fuerte resoplido; después, paradas las orejas y erizada la crin, trazó con rapidez un cuarto de circunferencia, a la izquierda, apoyado para ello en las patas traseras, y con tal violencia, que arrojó al jinete a tres metros de distancia con vestuario de gala, espada y elástico de cimera azul y blanca.

## VIII

### *Confesión póstuma*

Había terminado la ejecución y el numeroso público que la había presenciado abandonó el local repartiéndose en todas direcciones, bajo la impresión del último momento y llevando *in pectore* la curiosidad de conocer la causa de la interrupción que la ejecución de los

reos había sufrido, mientras que los cuerpos de aquéllos eran conducidos a la pequeña y antigua capilla del Cordón para rezárseles el responso de costumbre. (1)

.....

Una hora y media después se repartían boletines por toda la ciudad, en que se decía que el "Barón" había confiado al sacerdote que lo asistía, con recomendación de hacerlo saber al Juez una vez terminada la ejecución, y no antes, que fue él, a principios del año anterior, el que asesinó a don Gervasio Herrera, con el propósito de robarle; que a nadie debía inculparse de ese crimen, pues sólo él lo comió y consumó y que, por consiguiente, no tenía cómplices.

[De: "*Bocetos y brochazos*", pp. 5-22]

(1) En aquella época los cadáveres tenían todavía entrada en los templos antes de ser conducidos a la última morada. (Nota del autor).

## UN ARMA DE DOS FILOS

*Ejemplo de que a veces, procurando prevenir un peligro,  
ponemos fuego en nuestra propia casa*

[Esperando la caída de Paysandú]

## I

A fines de diciembre de 1864 y desde antes de esta fecha, pasaba el país por días aciagos, a causa de los acontecimientos políticos que produjo la misión del Consejero Saraiva, cerca del Gobierno Oriental.

La revolución encabezada por el general Flores, después de tres años de peripecias languidecía, cuando errores lamentables dieron lugar a que el arreglo de la reclamación del Brasil, a que respondía la misión a que acabo de referirme, fracasase, como fracasó.

Tal circunstancia, a su vez, vino a constituir un factor importante en el destino futuro del partido dominante en aquella época y Flores reaccionó, tomando nuevos vuelos.

Con efecto, a la acción del jefe revolucionario, se agregó de inmediato la invasión del país por un ejército brasileño de 9.000 hombres de las tres armas, comandado por el Mariscal de Campo Mena-Barreto, y el sitio de Paysandú, ciudad que no tardó en ser a la vez bloqueada por la escuadrilla del Imperio, a las órdenes del Barón de Tamandaré.

En este estado la policía del país, un acontecimiento, preparado por la acción de la justicia ordinaria, vino a distraer un tanto la atención pública, pues de un día a otro debía tener lugar en Montevideo la ejecución de dos criminales, condenados a la última pena.

Uno de los jóvenes abogados de nuestro Foro, desempeñaba entonces la Defensoría de pobres en lo criminal, y entre las causas en que se le había dado intervención, figuraba la que se siguió de oficio por el Ministerio Fiscal, a los reos a que acabo de referirme.

El móvil del crimen fue el robo, y se ejecutó con premeditación, por lo cual el Fiscal había pedido contra los procesados la pena ordinaria de muerte, que aun sin aquellas circunstancias agravantes, era la que correspondía con sujeción a la legislación española, vigente todavía en aquella época.

La causa había seguido todos sus trámites hasta verse en juicio público en el expresado año de 1864, fallándose en primera y segunda

instancia con imposición a los procesados de la pena pedida por el Ministerio Público.

Como era de práctica, puesto el cúmplase por el Juez de la causa, ésta pasó al Poder Ejecutivo para que autorizase su ejecución, pero habían transcurrido dos semanas sin que el Presidente de la República, que a la sazón lo era el ciudadano don Atanasio Aguirre, se hubiese expedido.

## II

Como dejo dicho, el país pasaba por una de sus más dolorosas situaciones: el ejército brasileño, al cual se incorporó el general Flores con mil trescientos hombres que le seguían, verificó el primer asalto, pero fue rechazado por la guarnición a las órdenes del general don Leandro Gómez.

A la vez, el almirante Barón de Tamandaré, que con varios buques de guerra de poco calado había subido el Uruguay para bloquear la ciudad, interceptó toda comunicación con el interior y arrojó sobre ella millares de proyectiles, coadyuvando así a la acción del ejército de tierra que ocupaba las alturas al Norte y Este de la ciudad. Así las cosas, en los últimos días del mes de diciembre se esperaba un segundo asalto a la plaza, después del bombardeo con que se había iniciado el primer ataque, y que ahora se repetía con mayor empeño y violencia.

La ansiedad en Montevideo era inmensa, como debe suponerse, pues por más que la resistencia heroica de la guarnición había rechazado el primer asalto a la plaza, nadie, incluso el Gobierno, se hacía la ilusión de que se pudiese llegar a un resultado igual en el caso de un segundo ataque. Los elementos acumulados alrededor de la ciudad sitiada eran formidables, comparados con lo que representaban ochocientos hombres encerrados en aquélla, extenuados de cansancio y con escasos medios para una larga resistencia.

Las comunicaciones eran entonces lentas y trabajosas, y por consiguiente la ansiedad pública crecía por horas, no existiendo otra preocupación en todas las clases sociales que tener noticias del grave acontecimiento que constituía el triunfo o la caída de Paysandú en manos del ejército sitiador.

## III

El día 27 o 28 de diciembre, se encontraba en su estudio el abogado defensor de los procesados, que acababan de ser condenados

a muerte, y uno de los practicantes entró a anunciarle la presencia del señor don Andrés Vázquez, hermano del finado don Vicente, persona tan respetable como su hermano y de bastante figuración, ocupando altos cargos en la Administración Pública.

El que ejercía en aquella fecha el señor don Andrés, era el de Presidente de la Comisión de Caridad, dependiente de la Junta E. Administrativa de Montevideo, hombre humanitario y de sentimientos tiernos, dedicado desde muchos años atrás a hacer el bien posible en el ejercicio de los cargos de más labor y de mayor peligro; era un rival generoso y un íntimo amigo a la vez, del inolvidable don Carlos Viana, quien dejó en su pasaje por la vida recuerdos imperecederos por sus servicios y beneficios a la humanidad doliente, ejercidos con todo desinterés y hasta con desembolsos de su peculio particular, como es notorio para todos los que tuvieron el honor de conocerle.

Ahora bien: el joven practicante que anunció al doctor Vázquez advirtió al abogado que aquel señor le había manifestado suma urgencia, recomendándole se lo hiciese presente.

Inmediatamente fue introducido el señor Vázquez, quien al extenderle la mano, le dijo estas palabras: doctor, vengo a pedirle su consejo y su concurso para que salvemos a Rodríguez y al Moro.

El abogado, al oír estas palabras quiso decir algo después de cierta vacilación que se manifestó claramente en el gesto y en su mirada, pero el señor Vázquez, que parecía dominado por cierta excitación y nerviosidad, se lo impidió, agregando con precipitación:

—Los momentos son preciosos para intentar algo en beneficio de esos desgraciados.

—Pero, —dijo con calma el abogado— ¿con qué probabilidades cuenta usted para realizar su propósito?

—La situación actual en que nos encontramos, a la espera de los acontecimientos de Paysandú. Es de suponer que el desastre último, la sangre derramada en estos últimos días, aunque con el triunfo que nos dio la resistencia heroica de la guarnición y el rechazo de los sitiadores, influya en el ánimo del Presidente para hacer uso de su bella prerrogativa, conmutando la pena a aquellos pobres y evitando que se derrame más sangre... ¿no piensa usted lo mismo, doctor?...

#### IV

Este estaba de pie lo mismo que el señor Vázquez, pues la precipitación y vehemencia con que inició su entrada, no le ofreció oportunidad al abogado para ofrecerle una silla, ni para él ocupar la suya. Invítóle, pues, a tomar asiento, y después de un momento de medi-

tación, el abogado dijo estas palabras, con mucha pausa y con triste expresión:

—Señor Vázquez, mucho me temo que no consigamos nada. El noble medio de que usted quiere valerse, es una espada de dos filos, sumamente peligrosa.

—Pero, —observó Vázquez— una petición...

—Sí, sí, he comprendido lo que usted desea: una petición al Presidente de la República.

—Que no sólo firmaré yo, sino toda la Comisión, y lo mismo la de Beneficencia, si usted lo considerase necesario, pues todos se ofrecen en competencia para hacer el bien posible a los sentenciados...

—Desgraciadamente, no se trata aquí del número de los firmantes, aunque no deje mucho de influir la respetabilidad de las distinguidas personas que suscriban la petición...

—Pero, ¿de qué se trata o debe tratarse entonces, doctor? —observó, contrariado, el señor Vázquez.

—Se trata —repitió el abogado con la calma de antes— se trata de aprovechar una oportunidad propicia...

—¿Y bien?...

—Y esta oportunidad, —continuó el abogado imperturbable— no se ha presentado por ahora.

—¿Y entonces?... —interrumpió el señor Vázquez.

—Pero, —concluyó el doctor— pronto va a presentarse, y entonces redactaremos el escrito que usted desea, y yo también. Le debo a usted una explicación, señor Vázquez, y voy a dársela, porque acaricio la esperanza de que usted va a reconocer el inconveniente de una petición semejante en estos momentos.

—Se lo agradeceré —dijo Vázquez con laconismo y visiblemente contrariado.

—Pues bien —continuó el abogado—: usted sabe, como sabemos todos en Montevideo, que las hostilidades sobre la ciudad de Paysandú se han reanudado con más tesón que antes; que el general Saa, no ha llegado aún para prestar la protección que desde hace días reclama la plaza sitiada, y aquí entre nosotros —agregó el doctor confidencialmente— no llegará más tarde, de modo que, por más heroicidad de que blasonen los valientes que defienden las trincheras de defensa, la plaza, día más, día menos, caerá.

—Y bien, —interrumpió de pronto el señor Vázquez— ¿qué deduce usted de esto?

—Lo que deduzco, es que la solución del pleito sangriento sobre Paysandú es cuestión, en mi concepto, de 3 o 4 días más, y que en-

tonces, tomada la plaza o rechazados los sitiadores por segunda vez, y quizás llegando Saa a hostilizar por retaguardia al ejército brasileño, lo que constituiría un doble triunfo sobre el obtenido antes, sería el momento de gestionar el perdón.

—¿Por qué entonces y no ahora?

—Porque al presente —replicó el doctor con un poco de vehemencia— no contamos sino con un solo factor que garantice la probabilidad de conseguir nuestro objeto, mientras en mi caso, concurren dos, es decir: o la caída de la plaza después de una horrible matanza, pues ya es conocido el empeño de los sitiadores y la índole y propósitos de resistencia de los sitiados, mientras cuenten con un cartucho; o bien la plaza resiste, Saa avanza y el sitio se levanta, a lo menos por tierra, y tendremos oportunidad de festejar en Montevideo este gran triunfo.

—Pero, ¿quién asegura este triunfo?

—Esto no hay para qué explicarlo ni discutirlo, —replicó el doctor—; de lo que se trata aquí, es de esperar a que una u otra cosa suceda, como no puede menos de ser, y como en uno y otro caso se habrá derramado sangre de orientales a torrentes, tanto de una parte como de la otra, y puede también producirse el triunfo, aunque no sea decisivo, entonces sí, puede suponerse que no se querrá más sangre, ni empañar la satisfacción del triunfo, ni la alegría pública en Montevideo, con el espectáculo repulsivo de la ejecución de dos hombres.

El doctor Vázquez calló por un momento; meditaba.

—En situaciones difíciles como ésta —continuó el abogado— y aunque no lo sean, conviene siempre acumular el mayor número de elementos, para asegurar el éxito de nuestras pretensiones: la estrategia militar no es la única, pues existe la forense, y la que se emplea en la misma vida ordinaria para defenderse de las asechanzas y vencer al que nos hostiliza.

—¿Y si en este intervalo de espera, —observó de pronto el señor Vázquez— el Ejecutivo manda ejecutar la sentencia?

—Indudablemente que esto es posible, pero no es probable, porque al presente el ánimo del Presidente está demasiado preocupado para acordarse del proceso de Rodríguez y el Moro.

—Pero, doctor, esto no es sino una suposición, y ¡cuán contrariados quedaríamos usted y yo, si mi temor llegara a realizarse!

El doctor se inclinó con mucha seriedad, y dijo:

—Bien, señor Vázquez, usted despierta escrúpulos en mi conciencia, y creo que no debo desentenderme de ellos. Son las once y media —agregó, sacando su reloj—: para las dos de la tarde estará pronto el escrito que deben ustedes presentar.

—Gracias —dijo el señor Vázquez, con aire de satisfacción—

y si a usted le parece, podré mandar por el borrador.

— Perfectamente — dijo a su vez el doctor.

— Puesto en limpio, se lo enviaré a la firma.

— No, no — observó el abogado — esta es una gestión particular de la Comisión de Caridad. En esta emergencia, yo no he hecho sino contestar a su consulta y emitir una opinión, que no ha podido prevalecer, y que yo me reservo: además, mi misión de defensor hace días que ha terminado.

El señor Vázquez se retiró, al parecer algo contrariado, y el abogado quedó solo, y paseándose a pasos lentos a lo largo de su sala de estudio, antes de sentarse de nuevo y volver a sus tareas interrumpidas por la llegada del señor Vázquez.

## V

No recuerdo bien si esta escena del Presidente de la Comisión de Caridad con el defensor de Rodríguez y el Moro fue el 26 o 27 de diciembre, pero estoy seguro que tuvo lugar en una u otra de estas dos fechas.

Al día siguiente, esto es, el 27 o 28 del mismo, a las 8 de la mañana, salía el joven abogado de su casa, cuando al pisar el umbral de la puerta de calle, se encontró con el señor Vázquez que se dirigió a su encuentro desde la acera de enfrente, con los brazos abiertos y prorrumpiendo en llanto hasta abrazarle estrechamente, y acusándose, aquel hombre bueno, de no haber seguido sus consejos y de ser causa de la muerte de aquellos dos hombres que había deseado salvar.

El Presidente de la República había recibido el escrito de gracia a las tres y media de la tarde, y una hora más tarde había devuelto los autos del proceso al Juzgado de su procedencia para que las sentencias se ejecutasen, como se ejecutaron a las 48 horas en el Cuartel de Dragones, ocupando los dos banquillos el muro Norte de un antiguo edificio que limita por ese costado la Plaza de ejercicios físicos establecida hace pocos años en aquella localidad.

## VI

El doctor hizo entrar a su casa al atribulado Presidente de la Comisión de Caridad, haciéndole reflexiones juiciosas en sentido de que ninguna responsabilidad le cabía en el fracaso de su noble gestión ante el Presidente de la República, explicándose su urgencia, y a la vez su resistencia a la espera que le había propuesto, por temor de que

esa espera pudiese resultar fatal a los sentenciados, lo que bien habría podido suponer.

El señor Vázquez fue serenándose por grados, y cuatro días después, cuando se produjo la caída de Paysandú y tuvo ocasión de palpar el efecto desastroso que produjo en todos los ánimos aquella catástrofe, con los fusilamientos y otros detalles impresionantes de la inolvidable tragedia, tuvo la nobleza de reconocer que la espera aconsejada por el defensor quizás habría salvado de la muerte a aquellos dos hombres.

[De: "*Carnet de un filósofo de antaño*" (Tomo I), pp. 147-157]

## INDICE

Prólogo .....	5
Criterio de la edición .....	14
<b>POLITICA Y BALAS</b>	
Tarde aciaga [Los asesinatos de Flores y Berro] .....	17
La mina [El crimen de Eduardo Beltrán] .....	23
Facsímil e historia de un gobernante [El atentado a Máximo Santos. Su destino] .....	31
Juegos malabares [Un presidente como blanco: Idiarte Borda] .....	40
<b>CRONICAS ROJAS</b>	
Calle Olimar No. 11 [El crimen de Raffo] .....	55
El Barón [El asesinato de Gervasio Herrera] .....	68
Un arma de dos filos [Esperando la caída de Paysandú] .....	78



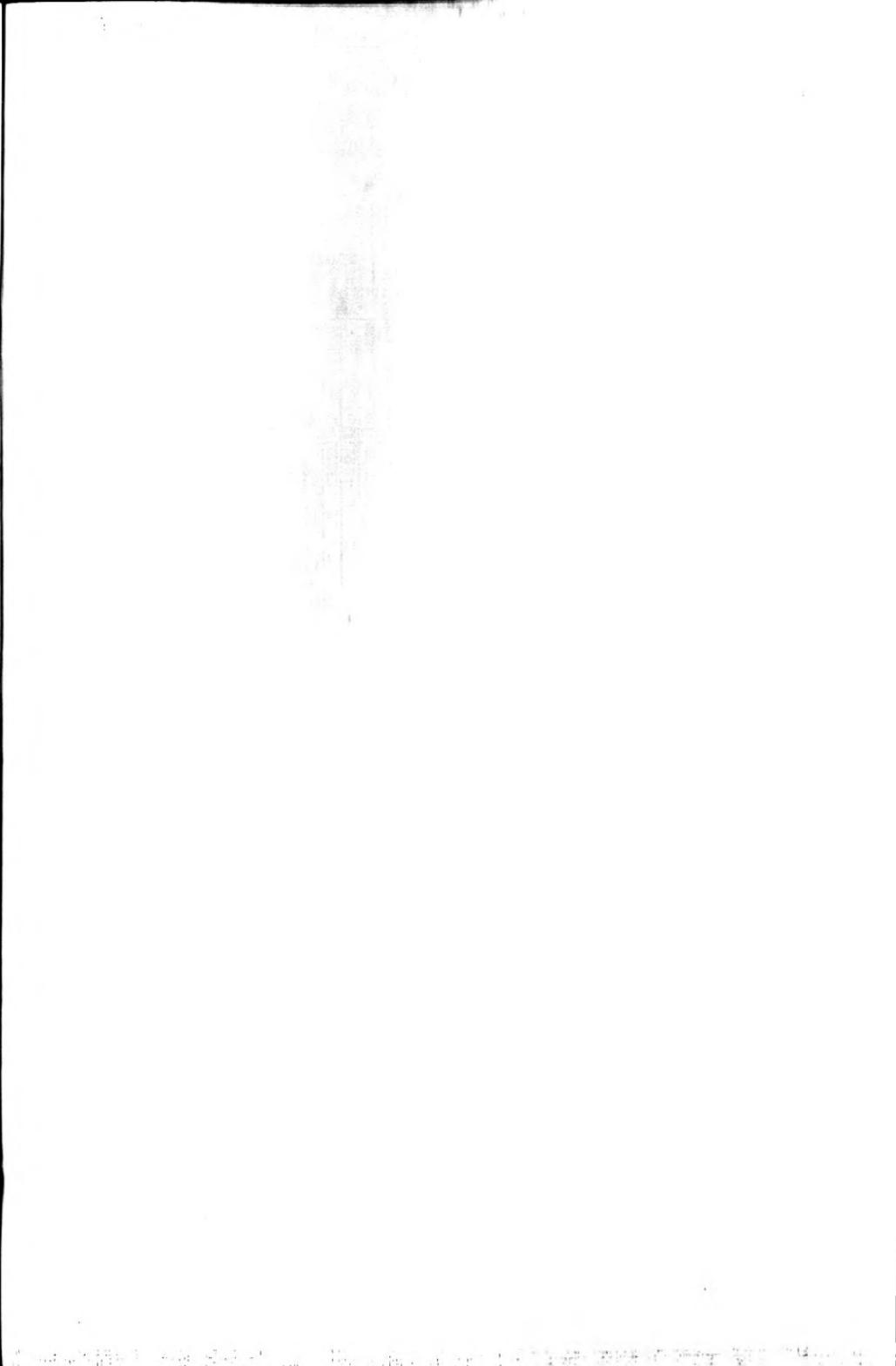
**LECTORES DE BANDA ORIENTAL**  
**COLECCION DE VENTA EXCLUSIVA A SUSCRIPTORES**  
**Cuarta Serie**

1. **HORACIO QUIROGA:** Historia de un amor turbio
2. **MARIO DELGADO APARAIN:** La balada de Jhonny Sosa
3. **EDITH WHARTON:** Fiebre romana y tres cuentos de fantasmas
4. **LUIGI PIRANDELLO:** La renta vitalicia. (Cuentos)
5. **ANDERSSEN BANCHERO:** Un breve verano.
6. **G.K. CHESTERTON:** Historias del padre Brown.
7. **JOSE PEDRO DIAZ:** Los fuegos de San Telmo.
8. **JOSEPH CONRAD:** Una sonrisa de la fortuna.
9. **SYLVIA LAGO:** El corazón de la noche.
10. **EDUARDO HERAS LEON:** Los pasos en la hierba.
11. **JULIO C. DA ROSA:** Hombre-flauta y otros cuentos
12. **KATHERINE MANSFIELD:** En la bahía.
13. **EL LICENCIADO PERALTA:** Crónicas de la violencia en el siglo XIX.

LECTORES DE BANDA ORIENTAL  
ASOCIACION DE FEMINISTAS A SUJONG/1981  
Canción 1981

1. HONGKONG (CHINA): Historia de un gran futuro.
2. MARIO DELgado (PARAGUAY): La batalla de Itaipu.
3. JOHN WHEATON (Paraguay): Puntos de vista y tres canciones de la Independencia.
4. LINDA WHEATON (Paraguay): La vida en el campo (Canción).
5. ANDREW BAY (HONGKONG): Los países vecinos.
6. EL M. CHRISTIAN (Historia del país de la Independencia).
7. JOHN WHEATON (Paraguay): Los países de San Isidro.
8. JOHN WHEATON (Paraguay): Una canción de la Independencia.
9. JOHN WHEATON (Paraguay): El mundo de la Independencia.
10. JOHN WHEATON (Paraguay): Los países de la Independencia.
11. JOHN WHEATON (Paraguay): Historia - punto y otro mundo.
12. MATHIEU MARCOLELLA (Paraguay): En la batalla.
13. LA (PARAGUAY) FEMINISTA: Canción de la Independencia en el siglo XXI.

Se terminó de imprimir  
en PRISMA Ltda. Gaboto 1582, Montevideo  
en el mes de marzo de 1988  
Edición hecha al amparo del  
art. 79 de la ley 13.349  
(Comisión del Papel) D.L. 233.471



 **lectores**  
**de banda oriental**

/cuarta  
serie

